

[*CITY OF BOHANE* TRANSLATION]

Master's dissertation written by

[DIANA FERNÁNDEZ ELÍAS]

Supervised by

[MARIA ROSSICH]



MASTERS IN PROFESSIONAL TRANSLATION

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

TARRAGONA, [2022]

I. Declaración de autoría

I declare that the assignment here submitted is original except for source material explicitly acknowledged; I also acknowledge that I am aware of University policy and regulations on honesty in academic work, and of the disciplinary guidelines and procedures applicable to breaches of such policy and regulations, as contained in [the University website](#)

DIANA FERNÁNDEZ ELÍAS

DATE

SIGNATURE

Declaración de autoría

Yo, [DIANA FERNANDEZ ELIAS] con documento de identificación [16642493S], declaro que

(i) este trabajo es de mi autoría y que, en los casos en los que me he basado en otras fuentes, así lo he reconocido explícitamente, tanto en el texto como en la lista de referencias bibliográficas donde dichas obras aparecen debidamente citadas.

(ii) entiendo qué es el plagio y las consecuencias que plagiar conlleva según la normativa de la Universidad y sus [indicaciones al respecto](#).

Diana Fernández Elías

2022

Signature

II. Índice

| | | |
|-------|---------------------------------------|----|
| I. | Declaración de autoría | 2 |
| II. | Índice | 3 |
| III. | Introducción | 4 |
| IV. | Presupuesto | 6 |
| V. | Factura | 8 |
| VI. | Texto original | 9 |
| VII. | Traducción | 37 |
| VIII. | Comentario | 66 |
| IX. | Comparación presupuesto-factura | 79 |
| X. | Conclusiones..... | 81 |
| XI. | Autoevaluación | 83 |
| XII. | Referencias | 85 |

III. Introducción

El siguiente texto constituye el Trabajo de Fin de Máster para el Máster en Traducción Profesional inglés-español en el curso 2021-2022. Este trabajo contará con una introducción, el presupuesto presentado al cliente junto con un breve comentario, la factura tras haber enviado el texto traducido, el texto original, la traducción realizada a partir del texto original, un comentario acerca de cómo se he desarrollado la traducción y qué problemas y soluciones he encontrado, y finalmente las conclusiones finales.

En esta introducción comentaré de forma breve cómo hice la traducción del texto original, y también hablaré del autor la novela.

Una vez se abrió el plazo del Trabajo de Fin de Máster, envié tres CV y tres presupuestos adaptados a tres ofertas de trabajo. De esos, fui escogida para traducir *City of Bohane* (2011), del autor irlandés Kevin Barry, con Maria Rossich como clienta y tutora. En la propia oferta de trabajo se indicaba que el autor crea un lenguaje propio en la novela, por lo que sería un trabajo difícil, pero a la vez gratificante.

Cuando fui seleccionada para este trabajo, Maria y yo nos pusimos en contacto a través de correo electrónico, y decidimos hacer la primera tutoría por Teams. En esa primera tutoría comentamos la extensión del trabajo (alrededor de 10.000 palabras), el estilo y lenguaje propios del autor, fechas importantes, modificación del presupuesto, etc. En cuanto a la extensión del trabajo elegí traducir las casi 10.000 primeras palabras de la novela para poder tener una mejor idea del mundo de la novela, sus personajes, y demás aspectos. Maria y yo acordamos en que debía entregar una traducción preliminar en un plazo de un mes (28 de febrero). En este mes fui traduciendo del texto original mientras apuntaba los distintos problemas y posibles soluciones que me iba encontrando. Como apunte, consideré pasar por una herramienta TAO (memesource es la que suelo usar) el texto, pero me di cuenta en seguida de que no era una forma de trabajar cómoda para mí por la naturaleza del texto. Por lo tanto, lo traduje desde cero fijándome en el texto original. Tras esto hice una post-edición rápida, sabiendo que más tarde tendría que pulir muchos aspectos. Envié la traducción a Maria, que a su vez me envió el contrato para que lo firmase. Unos días más tarde, me reenvió el documento con ciertas sugerencias y un comentario general de la traducción que había realizado. En base a estos comentarios repasé la traducción y pulí ciertos aspectos, empezando así una segunda post-edición más

profunda. En ella me aseguré también de que sonase más natural y resolví algunos problemas relacionados con la terminología.

A continuación, hablaré sobre Kevin Barry y *City of Bohane* a modo de contextualización.

Kevin Barry (1969, Limerick) es un autor, dramaturgo y guionista irlandés residente en County Sligo, galardonado en varias ocasiones: ganó el premio Impac en 2013, el premio de literatura de la Unión Europea, el Author's Club First Novel Award, y el premio Goldsmith 2015, el Edge Hill University Short Story Prize y el Rooney Prize for Irish Literature. Es autor de *City of Bohane* (su obra más notable), *Beatlebone* (2015), *Dark Lies the Island* (2012), *That Old Country Music* (2020), y *Night Boat to Tangier* (2019) (best-seller en Irlanda), además de numerosos relatos. Sus historias han sido publicadas en el *New Yorker* y el *Granta*.

City of Bohane es una novela que se sitúa en un futuro distópico, concretamente en el año 2053 en el oeste de Irlanda. La historia está centrada en la ciudad de Bohane, una ciudad controlada por Logan Harnett y su banda durante 25 años, aunque anteriormente la controlaba el Gant. Hay una guerra entre bandas, aunque parece que durante un tiempo se mantuvo una paz hasta que un miembro de los Cusack, banda enemiga de Logan, es asesinado en el Distrito del Humo en Bohane.

El estilo de la novela es muy particular, ya que Kevin Barry crea una neolengua adecuada para el tipo de mundo que se presenta. Por una parte, la voz del narrador es poética a ratos y cruda a otros, mientras que los personajes son los que emplean la neolengua en mayor o menor medida. En mi comentario incluiré una pequeña teoría acerca del uso de la neolengua y los diferentes acentos que emplean los personajes.

Fue principalmente debido a esta neolengua por lo que tuve tantas dudas y problemas a la hora de traducir el texto, como comentaré en profundidad en el comentario.

IV. Presupuesto

Cuando salieron las ofertas de trabajo envié un presupuesto inicial junto con el CV:

Datos personales

Nombre: Diana Fernández Elías

DNI: 16642493S

Dirección: C/Huesca 37A 2D 26002

Logroño (La Rioja)

Teléfono: 679731414

fernandezdiana169@gmail.com

Datos empresa

NIF: XXXXXXXXX-X

Presupuesto. No: 1/2022

Fecha: 24/01/2022

Concepto: Traducción *City of Bohane*

Tarifa general: 0,07€/palabra

Tarifa por repetición: -60% descuento

Volumen total: 10.000 palabras aproximadamente

| Tipología | Palabras | Porcentaje |
|-----------------|----------|------------|
| Palabras nuevas | x | 100% |
| Repeticiones | x | 40% |

Importe base: 700€ aproximadamente

Fecha de entrega: 15 días laborales a partir de la confirmación del pedido.

Este presupuesto está incompleto a la espera de conocer las repeticiones. En cuando se dé a conocer esa información, se calculará otra vez teniendo en cuenta también el IVA y el IRPF.

Sin embargo, Maria me informó de que este presupuesto no era correcto, pues tenía que tener en cuenta varias cosas, entre ellas que es un presupuesto para una editorial, donde las traducciones funcionan de manera diferente respecto a otros campos de la traducción. En este caso, no podía saber el número exacto de palabras que iba a tener el

texto una vez traducido (teniendo en cuenta que es recomendable cobrar por el texto ya traducido al castellano, no por el texto original en inglés), por lo que no podía calcular el presupuesto con los datos que había puesto. Además, Maria me informó que en traducción editorial se suele calcular a precio por página, no por palabra. Así pues, y teniendo en cuenta todo esto, volví a hacer un presupuesto ajustado a estos criterios:

Datos personales

Nombre: Diana Fernández Elías

DNI: 16642493S

Dirección: C/Huesca 37A 2D 26002

Logroño (La Rioja)

Teléfono: 679731414

fernandezdiana169@gmail.com

Datos empresa

Maria Rosich Andreu

NIF: XXXXXXXXX-X

Presupuesto. No: 1/2022

Fecha: 6/02/2022

Concepto: Traducción extracto *City of Bohane*

Tarifa general: 14€/página

Volumen total: 10000 palabras

Entrega: 28/02/2022

Fecha de entrega: 15 de marzo

Tras esto, Maria me envió el contrato de la editorial para que lo firmase.

V. Factura

En esta factura, y según lo que comentó María, tenía que calcular el total teniendo en cuenta cuánto cobrara por página (indicado en el presupuesto anterior) y según los caracteres que me había ocupado la traducción. Así, dividí los caracteres con espacios de mi traducción entre 2100 caracteres y lo multipliqué por 14. Además, no se debe incluir el IVA del 21%, sólo el IRPF del -15%:

Datos personales

Nombre: Diana Fernández Elías

DNI: 16642493S

Dirección: C/Huesca 37A 2D 26002

Logroño (La Rioja)

Teléfono: 679731414

fernandezdiana169@gmail.com

Datos empresa

María Rosich Andreu

NIF: XXXXXXXXX-X

Datos bancarios

Ibercaja Av. Gran Vía Juan Carlos I, 9, Logroño, La Rioja.

IBAN: ES42 20855687210330453071

Titular: DIANA FERNANDEZ ELIAS

Fra. N.º: 01/2022

Fecha factura: 28/02/2022

Concepto: Traducción City of Bohane

| Concepto | Tarifa | Importe |
|------------|------------|---------|
| Traducción | 14€/página | 367,65€ |

Total base: 367,65

IRPF (-15%): 55,14

Total: 312,51

VI. Texto original

THE NATURE OF THE DISTURBANCE

Whatever's wrong with us is coming in off that river. No argument: the taint of badness on the city's air is a taint off that river. This is the Bohane river we're talking about. A blackwater surge, malevolent, it roars in off the Big Nothin' wastes and the city was spawned by it and was named for it: city of Bohane.

He walked the docks and breathed in the sweet badness of the river. It was past midnight on the Bohane front. There was an evenness to his footfall, a slow calm rhythm of leather on stone, and the dockside lamps burned in the night-time a green haze, the light of a sad dream. The water's roar for Hartnett was as the rushing of his own blood and as he passed the merchant yards the guard dogs strung out a sequence of howls all along the front. See the dogs: their hackles heaped, their yellow eyes livid.

We could tell he was coming by the howling of the dogs. Polis watched him but from a distance – a pair of hoss polis watering their piebalds at a trough 'cross in Smoketown. Polis were fresh from the site of a reefing.

'Ya lampin' him over?' said one. 'Albino motherfucker.'

'Set yer clock by him,' said the other.

Albino, some called him, others knew him as the Long Fella: he ran the Hartnett Fancy.

He cut off from the dockside and walked on into the Back Trace, the infamous Bohane Trace, a most evil labyrinth, an unknowable web of streets. He had that Back Trace look to him: a dapper buck in a natty-boy Crombie, the Crombie draped all casual-like over the shoulders of a pale grey Eyetie suit, mohair. Mouth of teeth on him like a vandalised graveyard but we all have our crosses. It was a pair of hand-stitched Portuguese boots that slapped his footfall, and the stress that fell, the emphasis, was money.

Hard-got the riches – oh the stories that we told out in Bohane about Logan Hartnett.

Dank little squares of the Trace opened out suddenly, like gasps, and Logan passed through. All sorts of quarehawks lingered Trace-deep in the small hours. They looked down as he passed, they examined their toes and their sacks of tawny wine – you wouldn't make eye contact with the Long Fella if you could help it. Strange, but we had a fear of him and a pride in him, both. He had a fine hold of himself, as we say in Bohane. He was prideful and erect and he looked neither left nor right but straight out ahead always, with the shoulders thrown back, like a general. He walked the Arab tangle of alleyways and wynds that make up the Trace and there was the slap, the lift, the slap, the lift of Portuguese leather on the backstreet stones.

Yes and Logan was in his element as he made progress through the labyrinth. He feared not the shadows, he knew the fibres of the place, he knew every last twist and lilt of it.

Jenni Ching waited beneath the may tree in the 98er Square.

He approached the girl, and his step was enough: she needn't look up to make the reck. He smiled for her all the same, and it was a wry and long-suffering smile – as though to say: More of it, Jenni? – and he sat on the bench beside. He laid a hand on hers that was tiny, delicate, murderous.

The bench had dead seasons of lovers' names scratched into it.

'Well, girleen?' he said.

'Cunt what been reefed in Smoketown was a Cusack off the Rises,' she said.

'Did he have it coming, Jen?'

'Don't they always, Cusacks?'

Logan shaped his lips thinly in agreement.

'The Cusacks have always been crooked, girl.'

Jenni was seventeen that year but wise beyond it. Careful, she was, and a saucy little ticket in her lowriders and wedge heels, her streaked hair pineappled in a high bun. She took the butt of a stogie from the tit pocket of her white vinyl zip-up, and lit it.

'Get enough on me fuckin' plate now 'cross the footbridge, Mr H.'

'I know that.'

‘Cusacks gonna sulk up a welt o’ vengeance by ’n’ by and if yer askin’ me, like? A rake o’ them tossers bullin’ down off the Rises is the las’ thing Smoketown need.’

‘Cusacks are always great for the old talk, Jenni.’

‘More’n talk’s what I gots a fear on, H. Is said they gots three flatblocks marked Cusack ’bove on the Rises this las’ while an’ that’s three flatblocks fulla headjobs with a grá on ’em for rowin’, y’check me?’

‘All too well, Jenni.’

It is fond tradition in Bohane that families from the Northside Rises will butt heads against families from the Back Trace. Logan ran the Trace, he was Back Trace blood-andbone, and his was the most ferocious power in the city that year. But here were the Cusacks building strength and gumption on the Rises.

‘What’s the swerve we gonna throw, Logan?’

There was a canniness to Jenni. It was bred into her – the Chings were old Smoketown stock. Smoketown was hoors, herb, fetish parlours, grog pits, needle alleys, dream salons and Chinese restaurants. Smoketown was the other side of the footbridge from the Back Trace, yonder across the Bohane river, and it was the Hartnett Fancy had the runnings of Smoketown also. But the Cusacks were shaping for it.

‘I’d say we keep things moving quite swiftly against them, Jenni-sweet.’

‘Coz they gonna come on down anyways, like?’

‘Oh there’s no doubt to it, girl. They’re going to come down barkin’. May as well force them to a quick move.’

She considered the tactic.

‘Afore they’s full prepped for a gack off us, y’mean? Play on they pride, like. What the Fancy’s yelpin’? Ya gonna take an eye for an eye, Cuse, or y’any bit o’ spunk at all, like?’

Logan smiled.

‘You’re an exceptional child, Jenni Ching.’

She winced at the compliment.

‘Pretty to say so, H. O’ course the Cusacks shouldn’t be causin’ the likes a us no grief in the first place, y’check? Just a bunch o’ Rises scuts is all they is an’ they gettin’ so brave an’ lippy, like? Sendin’ runners into S’town? Why’s it they’s gettin’ so brave all of a sudden is what we should be askin’.’

‘Meanin’ precisely what, Jenni?’

‘Meanin’ is they smellin’ a weakness, like? They reckonin’ you got your mind off the Fancy’s dealins?’

‘And what might else might I have my mind on?’

She turned her cool look to him, Jenni, and let it lock.

‘That ain’t for my say, Mr Hartnett, sir.’

He rose from the bench, smiling. Not a lick of warmth had entered the girl’s hand as long as his had lain on it.

‘Y’wan’ more Cusacks hurted so?’ she said.

He looked back at her but briefly – the look was his word.

‘Y’sure ’bout that, H? ’nother winter a blood in Bohane, like?’

A smile, and it was as grey as he could will it.

‘Ah sure it’ll make the long old nights fly past.’

Logan Hartnett was minded to keep the Ching girl close. In a small city so homicidal you needed to watch out on all sides. He moved on through the gloom of the Back Trace. The streets of old tenements are tight, steep-sided, ill-lit, and the high bluffs of the city give the Trace a closed-in feel. Our city is built along a run of these bluffs that bank and canyon the Bohane river. The streets tumble down to the river, it is a black and swift-moving rush at the base of almost every street, as black as the bog waters that feed it, and a couple of miles downstream the river rounds the last of the bluffs and there enters the murmurous ocean. The ocean is not directly seen from the city, but at all times there is the ozone rumour of its proximity, a rasp on the air, like a hoarseness.

It is all of it as bleak as only the west of Ireland can be.

The Fancy boss Hartnett turned down a particular alleyway, flicked the cut of a glance over his shoulder – so careful – then slipped into a particular doorway. He pressed three times on a brass bell, paused, and pressed on it twice more. He noted a spider abseil from the top of the door’s frame, enjoyed its measured, shelving fall, thought it was late enough in the year for that fella, being October, the city all brown-mooded. There was a scurry of movement within, the peephole’s cover was slid and filled with the bead of a pupil, the brief startle of it, the lock clacked, unclicked, and the red metal door was slid creaking – kaaarrink! – along its runners. They’d want greasing, thought Logan, as Tommie the Keep was revealed: a wee hairy-chested turnip of a man. He bowed once and whispered his reverence.

‘Thought it’d be yourself, Mr Hartnett. Goin’ be the hour, like.’

‘They say routine is a next-door neighbour of madness, Tommie.’

‘They say lots o’ things, Mr Hartnett.’

He lit his pale smile for the Keep. He stepped inside, pushed the door firmly back along its runners, it clacked shut behind – kraaank! – and the men trailed down a narrow passageway; its vivid red walls sweated like disco walls, and the building was indeed once just that but had long since been converted.

Long gone in Bohane the days of the discos.

‘And how’s your lady wife keepin’, Mr H?’

‘She’s extremely well, Tommie, and why shouldn’t she be?’

A tautness at once gripped the ’bino’s smile and terrified the Keep. Made him wonder, too.

‘I was only askin’, Mr H.’

‘Well, thank you so much for asking, Tommie. I’ll be sure to remember you to her.’

Odd, distorted, the glaze that descended for a moment over his eyes, and the passage hooked, turned, and opened to a dimly lit den woozy with low night-time voices.

This was Tommie’s Supper Room.

This was the Bohane power haunt.

The edges of the room were lined with red velvet banquettes. The banquettes seated heavy, jowled lads who were thankful for the low lights of the place. These were the merchants of the city, men with a taste for hair lacquer, hard booze and saturated fats.

‘Inebriates and hoor-lickers to a man,’ said Logan, and it was loud enough for those who might want to hear.

Across the fine parquet waited an elegant brass-railed bar. Princely Logan marched towards it, and the obsessive polishing of the floor’s French blocks was evident in the hump of Tommie the Keep’s back as he raced ahead and ducked under his bar hatch. He took his cloth and hurried a fresh shine into the section of the counter where Logan each night sat.

‘You’ve grooves worn into it, Tommie.’

Logan shucked loose from the sleeves of his Crombie and he hung it on a peg set beneath the bar’s rail. The handle of his shkelper was visible to all – a mother-of-pearl with markings of Naples blue – and it was tucked into his belt just so, with his jacket hitched on the blade the better for its display. He smoothed down the mohair of the Eyetic suit. He picked at a loose thread. Ran dreamily the tip of a thumb along a superstar cheekbone.

‘So is there e’er a bit strange, Tommie?’

There was a startle in the Keep for sure.

‘Strange, Mr H?’

Logan with a feint of innocence smiled.

‘I said is there e’er a bit of goss around the place, Tommie, no?’

‘Ah, just the usual aul’ talk, Mr Hartnett.’

‘Oh?’

‘Who’s out for who. Who’s fleadhin’ who. Who’s got what comin’.’

Logan leaned across the counter and dropped his voice a note.

‘And is there any old talk from outside on Big Nothin’, Tommie?’

The Keep knew well what Logan spoke of – the word already was abroad.

‘I s’pose you know ’bout that aul’ talk?’

‘What talk, Tommie, precisely?’

‘’Bout a certain . . . someone what been seen out there.’

‘Say the name, Tommie.’

‘Is just talk, Mr Hartnett.’

‘Say it.’

‘Is just a name, Mr Hartnett.’

‘Say it, Tom.’

Keep swivelled a look around the room; his nerves were ripped.

‘The Gant Broderick,’ he said.

Logan trembled, girlishly, to mock the name, and he drummed his fingertips a fast-snare beat on the countertop.

‘First the Cusacks, now the Gant,’ he said. ‘I must have done something seriously fucking foul in a past life, Tom?’

Tommie the Keep smiled as he sighed.

‘Maybe even in this one, Mr H?’

‘Oh brave, Tommie. Well done.’

The Keep lightened it as best as he could.

‘Is the aul’ fear up in yuh, sir?’

‘Oh the fear’s up in me alright, Tommie.’

The Keep hung his bar cloth on its nail. He whistled a poor attempt at nonchalance. Tommie could not hide from his face the feeling that was current in the room, the leanings and nuance of the talk that swirled there. Logan used him always as a gauge for the city’s mood. Bohane could be a tricky read. It has the name of an insular and contrary place, and certainly, we are given to bouts of rage and hilarity, which makes us unpredictable. The Keep tip-tapped on the parquet a nervy set of toes, and he played it jaunty.

‘What’d take the cares off yuh, Mr Hartnett?’

Logan considered a moment. He let his eyes ascend to the stoically turning ceiling fan as it chopped the blue smoke of the room.

‘Send me out a dozen of your oysters,’ he said, ‘and an honest measure of the John Jameson.’

The Keep nodded his approval as he set to.

‘There ain’t no point livin’ it small, Mr Hartnett.’

‘No, Tommie. We might as well elevate ourselves from the beasts of the fields.’

THE GANT’S RETURN

That hot defiant screech was the Bohane El train as it took the last turn onto De Valera Street. The El ran the snakebend of the street, its boxcar windows a blurring yellow on the downtown charge. The main drag was deserted this windless a.m. and it was quiet also in the car the Gant was sat in. There was just a pair of weeping hoors across the aisle – Norrie girls, by the feline cut of their cheekbones – and a drunk in greasy Authority overalls down the way. The El train was customarily sad in this last stretch before dawn – that much had not changed. The screech of it was a soul’s screech. If you were lying there in the bed, lonesome, and succumbed to poetical thoughts, that screech would go through you. It happens that we are often just so in Bohane. No better men for the poetical thoughts.

The Gant took a slick of sweat off his brow with the back of a big hand. He had a pair of hands on him the size of Belfast sinks. The sweat was after coming out on him sudden. It was hot on the El train – its elderly heaters juddered like halfwits beneath the slat benches – and the flush of heat brought to him a charge of feeling, also; the Gant was in a fever spell this season. The tang of stolen youth seeped up in his throat with the rasping burn of nausea and on the El train in the pale dawn the Gant trembled. But the familiar streets rushed past as the El train charged, and the pain of memory without warning gave way to joy – he was back! – and the Gant beamed then, ecstatically, as he sucked at the clammy air, and he listened to the hoors.

‘Fuckin’ loved dat blatherin’ cun’ big time!’ wailed one.

‘Fucker was filth, girl, s’the bone truth of it,’ consoled the other. ‘Fucker was castin’ off all o’er the town, y’check me? Took ya for a gommie lackeen.’

He was back among the city’s voices, and it was the rhythm of them that slowed the rush of his thoughts. He felt now an odd, happy weariness. He had walked in off Big Nothin’ through the bogside dark. He had been glad to hop the El train up on the Rises and take the weight off his bones. The Gant was living out on Nothin’ again. The Gant was back at last in the Bohane creation.

Down along the boxcar, he saw the Authority man mouth a sadness through his sozzled half-sleep, most likely a woman’s name – was she as green and lazy-eyed as the Gant’s lost love? – and the city unpeeled, image by image, as the El train screeched along De Valera: a shuttered store, a war hero’s plinth, an advert for a gout cure, a gull so ghostly on a lamp post.

Morning was rising against the dim of the street lights and the lights cut just as the El screeched into its dockside terminus. The train locked onto its berth – the rubber jolt of the stoppers meant you were downtown, meant you were in Bohane proper – and the El’s diesel tang settled, and died.

He let the hoors and the drunk off ahead of him. The Gant as he disembarked was fleshy and hot-faced but there was no little grace to his big-man stride. A nice roll to his movement – ye sketchin’? The Gant had old-time style.

The station is named Bohane St Francis Xavier, officially, but everyone knows it as the Yella Hall. The Gant sniffed at the evil, undying air of the place as he walked through. Even at a little after six in the morning, the concourse was rudely alive and the throb of its noise was by the moment thickening. Amputee walnut sellers croaked their prices from tragic blankets on the scarred tile floors, their stumps so artfully displayed. The Bohane accent sounded everywhere: flat and harsh along the consonants, sing-song and soupy on the vowels, betimes vaguely Caribbean. An old man bothered a melodeon as he stood on an upturned orange crate and sang a lament for youth’s distant love. The crate was stamped Tangier – a route that was open yet – and the old dude had belters of lungs on him, was the Gant’s opinion, though he was teetering clearly on Eternity’s maw.

Choked back another tear did the Gant: he was big but soft, hard yet gentle.

The early edition of the Bohane Vindicator was in but the bundles had as yet to be unwrapped by the kiosk man, who listened, with his eyes closed, to an eerie sonata played on a transistor wireless – at this hour, on Bohane Free Radio, the selector tended towards the classical end of things, and towards melancholy. Nodded his head softly, the kiosk man, as the violins caught.

Oh we'd get medals for soulfulness out the tip end of the peninsula.

The Gant settled into the blur of faces as he passed through. The faces, the voices, the movement – all the signals were coming in clear. They told that he was home again; it was at once painful and beautiful. He looked for her in every woman he passed, in every girl. He bought a package of tabs off a lady of great vintage wrapped in green oilskins: Annie, a perpetual of the scene.

'Three bob . . . tuppence?' she said.

There seemed to be that question in it, for sure, as if she recognised him back there beyond the dead years.

'Keep the change for me, darlin', he said.

A hoarseness to his voice, emotional, and his accent was still quietly of the peninsula even after the long years away. Years of sadness, years of blood – this Gant had his intimate agonies. A snatch of a lost-time song came to him, and beneath his breath he shaped the words.

'I was thinkin' today of that beaut-i-ful land,

That I'll see when the su-un goeth down . . .'

The hoors who had wept on the train were ahead of him now on the concourse. They had gathered themselves. They were painting on bravery from snap-clasp compacts as they walked. The hoors would be bound, he knew, for Smoketown, and its early-morning trade. The Gant watched as they went through the Yella Hall. Ah, look: the quick switching of their bony buttocks beneath the thin silk fabric of their rah-rah skirts, and the way their calves were so finely toned from half their young lives spent on six-inch spike heels. The sight of the girls made him sentimental. He had run stables of hoors himself as a young man. There was a day when it was the Gant had the runnings of Smoketown, a day when the Gant had the runnings of the city entire.

Was said in Bohane the Gant had run it clean.

He stopped for a shot of tarry joe by the main portal of the Yella Hall. It was served expertly by a midget from the back of a licensed joe wagon. He watched, rapt, as the midget tamped the grounds, twisted a fix on the old Gaggia, arranged a tiny white cup to catch the pour. The midget also was familiar – a squashed little brow, a boxer’s nose, oddly sensuous lips. Same midget’s father, the Gant would have sworn, had the licence on that chrome wagon before him. The generations tag so in Bohane. He drank the joe in one, and shivered. He thanked the midget, and paid him, and he let the coffee’s bitter kick arch his eyebrows as he looked out to the first of an October morning. The gulls were going loolah on the dockside stones.

Those gulls were never right. That is often said. The sheer derangement in their eyes, and the untranslatable evil of their cawing as they dive-bomb the streets. The gulls of Bohane are one ignorant pack of fuckers. He had missed them terribly. He laughed out loud and tearfully as the gusts of morning wind flung the birds about the sky but he drew no looks – sure the Yella Hall would be crawling with wallbangers at the best of times.

The Gant set out towards the Smoketown footbridge. He took a scrap of paper from his pocket and opened it. He read a hand that had not changed with the years – still those big, nervous, childish letters – and its scrawl spelt out these words:

Ho Pee Ching Oh-Kay Koffee Shoppe.

The Gant had a wee girl to meet at this place. It was a good time for such a meeting – he could be lost among the crowd. Smoketown, he knew, would be black at this hour of the morning. The late shifts from the slaughterhouses and the breweries were only now clocking off. Bohane builds sausages and Bohane builds beer. We exist in the high fifties of latitude, after all, the winters are fierce, and we need the inner fire that comes from a meat diet and voluminous drinking. The plants worked all angles of the clock, and after the night shift, it was the custom to make for S’town and a brief revel. In the dawn haze, the brewery lads were dreamy-eyed from hopsfume, while the slaughterhouse boys had been all the silver and shade of night up to their oxters in the corpses of beasts, filling the wagons for the butchers’ slabs at the arcade market in the Trace, and the wagons rolled out now across the greasy cobbles, and it was a gorey cargo they hauled:

See the peeled heads of sheep, and the veined fleshy haunches of pigs, and the glistening trays of livers and spleens, skirts and kidneys, lungs and tongues – carnivorous to a fault, we'd ate the whole lot for you out in Bohane.

The Gant hunched his big shoulders against the morning chill. The lowing of condemned beasts sounded in bass tones on the air – our stockyards are laid out along the wharfs. The Gant stepped over a gutter that ran torrentially with fresh blood.

How, he wondered, was a man expected to think civilised thoughts in a city the likes of it?

He kept his head down as he walked. He would try not to romance the place – he had work to do. His was a face where the age receded as often as it surfaced. Sometimes the boy was seen in him; sometimes he might have been a very old man. The Gant's humours were in a rum condition – he was about fit for a bleed of leeches. His moods were too swift on the turn. He was watchful of them. He had a sack of tawny wine on him. He untwisted its cap and took a pull on it for the spurt of life – medicinal. There was pikey blood in the Gant, of course – the name, even, was an old pikey handle – but then there's pikey blood in most of us around this city. Have a sponce at the old gaatch of us – the slope-shouldered carry, the belligerence of the stride, the smoky hazel of our eyes; officer material we are not. Of course if you were going by the reckoning of pikey bones the Gant was old bones now for certain. He was fifty years to paradise.

And life tumbled on, regardless.

All the red-faced lads went in chortling twos and happy threes in the direction of the footbridge. These gentlemen of Bohane tend to be low-sized and butty: the kind who would be hard to knock over. Smoketown is their bleak heaven. And there is an expression here to describe a man in moral decline:

There is a fella, we say, who's set for the S'town footbridge.

It is a humpback bridge of Big Nothin' limestone. The Gant walked it and reached its high point, above the black river, about the nauseous rush of the Bohane river, and he descended into Smoketown. Each of our districts has a particular feeling, a signature melody, and he felt the dip in the stomach, the sudden swooning of the soul, the off-note, that entrance to this neighbourhood brings.

Smoketown laid out its grogshops, its noodle joints, its tickle-foot parlours. Its dank shebeens and fetish studios. Its shooting galleries, hoor stables, bookmakers. All crowded in on each other in the lean-to streets. The tottering old chimneys were stacked in great deranged happiness against the morning sky. The streets in dawn light thronged with familiar faces. The Gant felt at once as if he had never been gone. He might get a twist yet on the combinations of the place. Maybe the Ching girl would give instruction.

The Gant threw a swift look over the shoulder – in his condition, he was intuitive – and he spotted that the Authority man from the El was on his trail now, and apparently had sobered. His movement, then, was already noted – the Gant scolded himself for being so taken. High innocence! But to be followed was in some ways a relief. It told that his name meant something yet. He stopped on his way and rested against a grogshop wall. He saw the Authority man stop also and peer casually at a stack of mucky postcards.

To throw him off, the Gant entered a hoorshop, and he found there that most familiar of S'town fragrances – the age-old blend of rash-calming ointment, Big Nothin' bushweed, and penny-ha'penny scent.

He paid the tax to a scowling hoor-ma'am, and he ascended to the upstairs slots, and there on the rush matting he spent time with a Norrie girl, and there was little enough but time spent.

'Are you lonely?' she said to him.

'I'm so lonely I could claw my fuckin' brains out,' he said, and she laughed, and she lit a coochie for him.

'Dinky little number, ain't ya?' he said, dragging deep.

'You wanna have another try off it?' she said.

Later, when he emerged to the street again, the Authority man was no longer to be seen, and the Gant moved on towards the Ho Pee. Now the city shimmered in the new morning's light, its skyline loomed in shadow, but it was what was out and beyond again, the Gant knew, that was the cause and curse of us.

Beyond was Big Nothin'.

A MARRIAGE

The Hartnett seat was a Beauvista Gothical, a gaunt and lumbering old pile, all elbows and chimneys. Its thin, tall windows were leaded and reproachful, its gable ivied, the brickwork sharply pointed and with a honeyish tone that emerged fully now against the blue of late morning in October. It sat plumb on a line of po-faced old manses that made a leafy avenue up top of the Beauvista bluff. The Bohane Dacency had built their Beauvista residences to face away from the city – though the money that built them had been bled from it – but Logan Hartnett and his wife were Trace-born, the pair of them, and they kept a rooftop garden on a terrace shaded by the chimney stacks, and it was oriented to look back across the great bowl of the city, as though in nostalgia for it. They spent a whole heap of time up there.

Catch them in the morning light – so elegant and childless.

Logan sat at the wrought-iron table. He wore ox-blood boots laced high, a pair of smoke-grey, pre-creased strides, and thin leather braces worn over a light blue shirt. He was tentative in his private domain. He warmed his hands on a bowl of tea and he regarded his wife.

‘You knocking along the town, girl?’

‘Why’d you ask?’

‘It’s a simple question, Macu.’

‘You want every minute of my fuckin’ day, don’t you?’

Macu, from Immaculata, her sidelong glance hot with Iberian flare. Her father was a Portuguese off a fishing boat who got beached up in the creation. He married Trace, and Macu was dark-complected and thin, with a graceful carry of herself, and a sadness bred into her. One of her eyes was halfway turned in to meet the other, but attractively so.

‘All I’m asking is are you going to town?’

‘Hard to keep away,’ she said.

‘Who are you seeing in town?’

She wore a sleeveless fox-fur jerkin against the chill of the morning. She worked a pair of secateurs along the wallcreeping rose bushes. She ignored the question.

Sometimes, she could knife the very thought of him. Right there between the shoulder blades – feel the sweet bite and settle of an eight-inch Bohane shkelp. But the slyness in him could soften her still.

He winced at the sour herbal bite of the tea. She went to the table and poured a fill for herself. She had let it stew till it was as brown as old boots.

‘Nettles,’ she said.

‘Surprise me,’ he said. ‘Ne’er a chance of a mug of joe in this place, no?’

‘Good for the kidneys,’ she said.

‘Nice to know,’ he said.

By the look of him, he had hardly slept but that was not new. An hour or two, no more, and Logan Hartnett was awake to the city again. The black shadows beneath his eyes made for a gauntness but this, he maintained, merely added to his air of wasted elegance. She’d gainsay him but halfways believe it.

‘Got to head down soon myself,’ he said.

‘All fall apart without you,’ she said.

Bohane was seasonably calm down there. Always there are these pet days in October, when the impression of peace – at least – lies briefly on the place. Church bells sounded and did not pierce so much as emphasise the drowsiness of the morning.

‘Got the fiends to talk to, ain’t I?’ he said.

‘Ain’t you always,’ she said. ‘The Fancy, the Fancy . . .’

It was the last morning there would be heat enough in the sun to sit outside. He sipped and winced at his tea. There was a fresh worry in him, a sliver, from somewhere, and she enjoyed that, and she knew not to try and coax it. It would come soon enough.

‘You seein’ Girly?’

He sighed:

‘Oh, I’ll look in, I suppose.’

Girly Hartnett, the mother, was eighty-nine years of age, and in riotous good health. Girly was the greatest rip that ever had walked the Trace but she resided now in a topfloor suite at the Bohane Arms Hotel. The curtains hadn't been drawn back in decades.

'Kisses from me,' she said.

'She'll be waiting on those.'

It was satisfaction to lay a hand on the flatness of her belly. Holding well, she felt, all things considered. Logan, he always said she could crack walnuts between those thighs. He squinted as he watched her. His skin was almost trans - lucent in the morning light. She saw now he was ready to reveal the bother.

'Well,' she said.

He smiled at the read she had of him.

'It's probably just old talk.'

'S'what the place is made of, Logan. What's it particular?'

'They're saying the Gant's back.'

She was not prepared for this.

'Gant Broderick?'

'You know any other Gants?'

She tried to keep an evenness to her voice.

'Who's sayin' this?'

'Word all over. Word in the shebeens. Word on the wynds. Word is, he's back on Nothin'.'

'Shitetalk,' she said.

'In all probability,' he said.

When it was the Gant had the Bohane runnings, it was Macu had been by his side.

Her father had been taken by Bohane – the place has a way; visit just once and you will forever be homesick for it. He opened a bar on De Valera Street. He called it the Café Aliados after a square of his home town. He married, and the girl was born, and she

gave a measure of youth back to him, a late radiance in his life. The Aliados became a haunt of the Back Trace Fancy as the years passed. Hard for a Fancy boy not to notice the looker working the joe machine, capping the beer, laying out the saucers of pumpkin seeds. A lick of the tarbrush, surely, but she was Bohane to her bones, Bohane in the sharpness of her glance and the quickness of her tongue.

The Bohane taint was stronger than blood.

‘Y’worried?’

He looked at her, open-faced. He shrugged and turned again to the morning sun.

‘If there was truth in it,’ he said, ‘the timing wouldn’t be so hot.’

‘Why so?’

‘Cusacks are playing up and all, girl. Could have random assaults coming at me from all fucking sides.’

‘S’the fun o’ the life you picked, Logan.’

‘That we picked. I hear you.’

He would not ask her directly how she felt about the Gant’s return. There are areas too tender for even the longest marriage. Twenty-five years the Gant had been gone out of Bohane.

It was the morning when she would bring in the pot plants from the rooftop terrace – the hardwind would soon be up for real. She set to the task as though she had no other cares but she kept her eyes down and hidden from him. Her mind raced, her heart ached.

The dim greens and blues of her pitcher plants murmured to her in the morning sun.

A POWWOW ON THE RISES

Directly across the bowl of the city from Beauvista was the rude expanse of the Northside Rises. The aborigines of Bohane had over the years bred themselves too plentiful for the narrow wynds of the Back Trace – long winters, dark nights, romantic natures – and flatblocks were built on the Rises to house the overflow. Trace and Rises

families are almost all blood-related, if you go way back, and this perhaps explains the depth of the bitterness between them.

The Rises is a bleak, forlorn place, and violently windy. Too little has been said, actually, about living in windy places. When a wind blows in such ferocious gusts as the Big Nothin' hardwind, and when it blows forty-nine weeks out of the year, the effect is not physical only but . . . philosophical. It is difficult to keep a firm hold of one's consciousness in such a wind. The mind is walloped from its train of thought by the constant assaults of wind. The result is a skittish, temperamental people with a tendency towards odd turns of logic. Such were (and are) the people of the Northside Rises.

This particular noon, however, as Ol' Boy Mannion loped stylishly along the wasted avenues of the Norrie terrain, an October lull still governed. On either side of the avenues, the flatblocks were arranged in desolate crescent circles, and the odd child leapt from a dead pylon, and dogs roamed in skittish packs, but mostly it was quiet, for the Rises is by its nature a night-time kind of place.

Tipping seventy, Ol' Boy dressed much younger. He wore low-rider strides, high-top boots with the heels clicker'd, a velveteen waistcoat and an old-style yard hat set at a frisky, pimpish angle. Ol' Boy had connections all over the city – he was the Bohane go-between. He was as comfortable sitting for a powwow in the drawing room of a Beauvista manse as he was making a rendezvous at a Rises flatblock. Divil a bit stirred in the Trace that he didn't know about, nor across the Smoketown footbridge. He was on jivey, fist-bumping terms with the suits of the business district – those blithe and lardy boys who worked Endeavour Avenue down in the Bohane New Town – and he could chew the fat equably with the most ignorant of Big Nothin' spud-aters. The Mannion voicebox was an instrument of wonder. It mimicked precisely the tones and cadence of whoever he was speaking to, while retaining always a warm and reassuring note. Hear him on Endeavour and you'd swear he had shares in the Bohane First Commercial; hear him out on Nothin' and you'd swear he was carved from the very bog turf.

Ol' Boy, bluntly, was political.

He approached now a flatblock circle of the Cusack mob. A gent name of Eyes Cusack waited for him on the diseased green space out front of the blocks. He leaned back, brooding, against a burned-out generator shed. He smoked. He acknowledged Ol' Boy by dropping his tab and stomping it, and the men embraced, mannishly and briefly.

‘Things with you?’ enquired Ol’ Boy.

Eyes was named so for good reason. He saw the city through tiny smoking holes set deep in a broad, porridgy face.

‘Lad o’ mine wearin’ an eight-incher of a reef ’cross his chest,’ he said. ‘Smoketown.’

‘Heard there was an incident alright,’ said Ol’ Boy. ‘Will he pull through for you, Eyes?’

‘Well, he ain’t gonna be botherin’ no dancehalls for a time. An’ this is a nephew o’ mine, Mr Mannion. This a lad o’ me brud’s, like? I said blood? Me brud’s gone loolah on accoun’ and his missus gobbin’ hoss trankillisers like they’s penny fuckin’ sweets, y’check me?’

He was bald and stout, Eyes Cusack. He was in a vest top, trackies and boxer boots – the standard uniform of a Rises hardchaw this particular season – and he wore an unfortunate calypso-style moustache.

‘I’d say hold off on things for a breath or two, Eyes, if you can at all.’

The Mannion tone was pitched low as a calming strategy but it was no use – Eyes had a want on for vengeance.

‘Long Fella ain’t had none o’ his lads reefed, Mr Mannion. Long Fella wanna know this ain’t gonna play out pretty, like.’

Ol’ Boy nodded his understanding. He leaned back with Eyes Cusack against the generator shed and together they looked out over the sighing city.

‘There’s a Calm has held for a good stretch in Bohane,’ said Ol’ Boy. ‘Be a hoor if it went the road, like.’

‘I ain’t the one been wieldin’ a shkelp.’

‘Arra, you know it’s Hartnett has the Smoketown trade.’

‘Sweet Baba Jay pass down the rights, he did?’

Ol’ Boy raised his eyes.

‘Let’s not bring the Sweet Baba into things just yet,’ he said.

Eyes pushed off from the shed with a bitter little jolt of the shoulder blades and he turned to face Ol' Boy square.

'I wan' word got to him and got to him flashy, y'hear?'

'Go on.'

'Wan' word to him that I got the flatblocks stacked behind me. Got people in every circle. Got the MacNiece, the Kavanagh, the Heaney. Wan' word got to him that reparations need makin'. An innocent lad reefed, like?'

'Ah, Eyes, there ain't gonna be no —'

'Reparations, Mannion! S'my word, like. Tell him a fair shake o' the Smoketown trade'd work for me.'

'And what she gonna say to me, Eyes?'

'Tell.'

'He's gonna say Eyes Cusack is sending aggravators into Smoketown by design. He's makin' a martyr for the uptown so as to get a hold o' leverage, plain as. He's gonna say you're spoilin' to smash the Calm.'

'Gonna say all that, he is?'

He turned to go, Cusack. Made as though he had a royal hump on. Ol' Boy tried again.

'Eyes? Y'ain't been asked to turn over no face, check? You just got to say your lad was rogue. That he was messin' where he shouldn't have been messin'.'

'That's a lad o' me brud's, Mannion. Me brud in bits an' his missus all drooly an' spooked off the hoss —'

'Ah let it go, Eyes, would you? Let the Calm hold an' we can all get on with our business.'

'Get word to him that I'm willin' to sit and talk a Smoketown divvy.'

'A divvy I would very much doubt, Eyes.'

A hard jab of a chewed forefinger from Cusack, then:

‘If he wanna keep the Trace under Hartnett colours? Wanna keep slurpin’ his oysters below in Tommie’s and keep playin’ footsie with his mad fuckin’ cross-eyed missus –’

‘Leave a man’s wife out of it.’

‘He wanna keep suckin’ the wind? Then he’ll sit an’ he’ll talk a fuckin’ divvy on fuckin’ Smoketown!’

Ol’ Boy shut his eyes – the worst of it was when they got brave.

‘So you want me to go down to the ’bino with an outand-out threat, like?’

A smile from Eyes Cusack the likes of which you wouldn’t get off a stoat in a ditch.

‘Tell him I got the flatblocks stacked.’

‘Don’t do this, Eyes.’

‘Fella gets back what he gives out, Ol’ Boy.’

‘That’s said, yes.’

‘An’ maybe he got old stuff comin’ back ’an’ all, y’sketchin’? Hear tell of a certain man pass this way in the bleaky hour . . .’

‘This mornin’ gone?’

‘Same one. A man what hop an El for the downtown.’

‘Who are we talkin’ about, Eyes?’

‘That’s a man the Long Fella wanna watch ’n’ all.’

‘I said who’re we talkin’ about, Eyes?’

‘Long Fella know him well enough. His missus know him ’n’ all.’

Ol’ Boy raised softly a palm in warning.

‘Plenty o’ folk have thought before Hartnett was weakening. Same folk feedin’ maggots down the boneyard now.’

‘Just get the word out for me, Mannion.’

He nodded, and he let Cusack move along. He watched the old scut hoick a gobber and tug the trackies from the crack of his arse. Shook his head, Ol' Boy, and sighed – they had no fucking class up on the Northside Rises.

A winter's bother was brewing then. Blood would flow and soon. But there was the possibility, Ol' Boy realised, that too long and persistent a Calm might be no good for the city.

A place should never for too long go against its nature.

THE MENDICANTS AT THE ALIADOS

Above De Valera Street the sun climbed and caught on each of the street's high windows and each whited out and was blinded by the glare; each became a brilliant, unseeing eye. The light seemed to atomise the very air of the place. The air was rich, maritime, nutritious. It was as if you could reach up and grab a handful of the stuff. The evil-eyed gulls were antic on the air as they cawed and quarrelled and the street beneath them was thick with afternoon life.

Yes and here they came, all the big-armed women and all the low-sized butty fellas. Here came the sullen Polacks and the Back Trace crones. Here came the natty Africans and the big lunks of bog-spawn polis. Here came the pikey blow-ins and the washed-up Madagascars. Here came the women of the Rises down the 98 Steps to buy tabs and tights and mackerel – of such combinations was life in the flatblock circles sustained. Here came the Endeavour Avenue suits for a sponce at ruder life. The Smoketown tushies were between trick-cycles and had crossed the footbridge to take joe and cake in their gossiping covens. The Fancy-boy wannabes swanned about in their finery and tip-tapped a rhythm with their clicker'd heels. De Valera Street was where all converged, was where all trails tangled and knotted, and yes, here came Logan Hartnett in the afternoon swell. He was . . . Gubernatorial.

Like a searchlight he turned his cold smile as he walked. He picked out all the De Valera Street familiars. He spotted a haggard old dear from the Trace. With one arm she pushed a dog in a pram, with the other she cradled a cauliflower, and he leaned into her as he passed.

'Howya, Maggie, you're breaking hearts, you are?'

Logan in the afternoon was almost sentimental – it was the taint that set him so. When he whispered to his old familiars, it was as if he hadn't seen them for years.

By Henderson the Apothecary:

'How-we-now, Denis? Any news on the quare fella?'

By Meehan's Fish 'n' Game:

'Is that lung giving you any relief, Mrs Knott?'

By the Auld Triangle: 'When do the bandages come off, Terence?'

He wore a suit of delicate autumnal charcoal, finely cut, and its hue set off nicely his deadhouse pallor. The walk of him, y'sketch? Regal, yes, quite so, and he made grand progress towards the Café Aliados.

De Valera Street runs its snakebend roll from the base of the Northside Rises all the way down to the river. It separates the Back Trace from the New Town. Its leases are kept cheap and easy – buckshee enterprises appear overnight and fold as quick. There are soothsayers. There are purveyors of goat's blood cures for marital difficulties. There are dark caverns of record stores specialising in ancient calypso 78s – oh we have an old wiggle to the hip in Bohane, if you get us going at all. There are palmists. There are knackers selling combination socket wrench sets. Discount threads are flogged from suitcases mounted on bakers' pallets, there are cages of live poultry, and trinket stores devoted gaudily to the worship of the Sweet Baba Jay. There are herbalists, and veg stalls, and poolhalls. Such is the life of De Valera Street, and Logan Hartnett at this time had the power over it.

He approached the Aliados. The crowd walked a perceptible curve around its front entrance in due respect. The Aliados opened onto Dev Street from its front entrance and to the Back Trace from a laneway door. It was still, after all these years, the afternoon haunt of the Hartnett Fancy. He ducked down the laneway so as to come in, as always, by the side door – a creature of ritual and set habits. A scatter of his boys lounged inside at the low zinc tables. They smoked, and they drank tiny white cups of joe, and they ate sesame seeds and pumpkin seeds from saucers of thin china delft, and they sighed, languidly, as they leafed through the fashion magazines. The Aliados was no longer in the hands of Macu's people, her father had long since passed, but somehow it had an air of wistfulness for the old country yet: a lingering *saudade*.

Logan took his usual table down back of the long, lowlit cafe. He had a clear view to both doorways from here – he was careful. He hung his jacket on a peg set for the purpose in the wall behind. The wall held photographs, faded, of ancient football teams. These were from the longgone days when Bohane would have won All-Irelands. The girl – who was as homely as he could reasonably hire, not wanting his boys overly distracted – brought him his joe and a saucer of seeds and he smiled for her sweetly in thanks. The murmuring of talk among the Fancy boys was lower since Logan had entered the place. He smiled now for all of them. He turned the smile around the room; it was a masterpiece of priestly benevolence. Nobody was fooled by it for a minute – Logan’s smile was packed with nuance. Before its arc had fully swung the cafe, its message – its news – had changed many times, just a half-degree of a turn here, a half-degree there, adjusting minutely as it settled on the various parties of the room.

You would be in no doubt whatsoever as to your current standing within the ranks of the Hartnett Fancy.

Logan flicked his coffee cup with a fingernail. It tinked, pleasingly. He sighed then in long suffering. Examined his nails – a manicure was overdue. He allowed a particular glaze to settle over his fine-boned features. It was as though to emphasise the extent of a martyr’s devotion to the city; his devotion.

Now the custom at the Aliados, afternoons, was that mendicants would take a high stool at the bar and there they would wait precisely in turn for their brief audience with Logan. That an audience could begin was signalled by the slightest raising of the pale Hartnett eyebrows. This afternoon was a quiet one – just a couple of men waited. Logan signalled that the first of them might now approach, and it was the whippet-thin butcher Ger Reid who came dolefully across the tiled floor.

Wary always, Logan would be, of a thin butcher.

Reid was allowed a seat at the table beside him. He sat on the seat’s edge, and he had the look, close up, of a man lately a stranger to peace. Logan took his hand, gently, and held it.

‘You’re not well, butcher?’

‘I ain’t so hot at all, Mr Hartnett.’

‘Ah my poor man.’

The butcher raised his eyes as though the mystery of his misfortune might be read up there on the Aliados's smokecured ceiling.

'I've a . . . situation, sir.'

'I know that, Ger.'

'What's goin' on, Mr H, is . . .'

'I know, Ger.'

He held the butcher's hand yet and he stroked it most tenderly. Eye-locked the poor fucker.

'It's your wife, Ger. It's Eileen. She's been getting familiar with Deccie Cantillon, hasn't she?'

Reid scrunched his face against the threat of tears. That his situation was known made the humiliation complete.

'With your own cuz, Ger?'

Reid burped hard on deep, ragged sobs. Logan placed a forearm along the butcher's spindly shoulders. Noted the way the shoulders jerked and fell with the sobs, and he enjoyed the feeling of that.

'S'what I'm dealin' with now, sir!'

'Oh my poor child of the Sweet Baba . . . Oh Deccie Deccie Deccie . . . Deccie's . . . below in the fish market, isn't he? . . . Ah . . . You can never trust a fishmonger, Gerard. That is what I'd always say. That would be my advice to you. It's the way they'd be looking down all day at those dead glistening little eyes. How're they going to come out of that right?'

'I only know of it the last week, Mr Hartnett . . . I haven't slept.'

'Only know of it myself the past fortnight, Gerard.'

A dart of animal pain went through the man. Logan smiled as his forearm felt the shock of the words jolting the butcher's slight frame.

'Oh I have dark fuckin' thoughts, Mr Hartnett!'

‘I’d well imagine, Ger. Sure he’s lappin’ her out an’ all, I’d say.’

The butcher now openly wept.

‘Would you say, Mr Hartnett?’

‘He’s like a little cat at a saucer of milk, I’d say.’

The butcher stood and bunched his wee, gnarled fists – but Logan pulled him gently into the seat again.

‘Oh I have dark fuckin’ thoughts, sir! Dark!’

Logan placed a finger to his lips and softly blew. Brought his lips then to the butcher’s ear.

‘Gerard? You’re going to stow those thoughts for me. Hear? I’m going to look after this for you, Ger.’

‘Are you, Mr H?’

‘Yes, Gerard. I’ll look after the fishmonger. And you can look after the adulterous cunt you married.’

His pale skin caught the low light of the Aliados – the skeleton of him was palpable, there greyly beneath the skin, the bone machine that was Logan Hartnett – and he smiled his reassurance; it had weight to it in Bohane.

‘But we need be very careful, Ger. You hear what I’m saying to you?’

‘I do.’

‘Think on. If anything unpleasant were to befall a particu - lar cuz, who’d those fat polis fucks come lookin’ for?’

‘You mean everyone knows, Mr Hartnett?’

‘The dogs on the streets, Gerard.’

‘Ah Mr Hartnett . . .’

The butcher’s head dipped, and tears raced down his cheeks, and they fell towards the zinc top of the table, but Logan one by one caught them as they fell.

‘So where’d the polis be sticking the old beak, eh?’

‘I hear what you’re sayin’ to me, Mr Hartnett.’

‘It’ll be taken care of, Gerard. You can trust me on that. Now go back to your work and put this out of your mind like a good man, d’you hear?’

‘It’s hard, Mr Hartnett.’

‘I know it’s hard, Gerard. Or I can imagine so.’

‘Thanks, Mr H.’

The butcher rose to go.

‘Of course, Ger, you know that I’ll be back to you in due course?’

‘I know that.’

‘Favour done’s a favour answered, Gerard.’

‘Yes, Mr Hartnett, sir.’

In such a way in the city was a man’s fate decided. Logan Hartnett yawned, stretched, and stirred a half-spoonful of demarra into his joe. The Aliados eased through its slow, afternoon moments. The Fancy boys talked lazily of bloodshed, and tush, and new lines in kecks. They combed each other’s hair and tried out new partings. Logan brooded a while, and went into his own smoky depths, and then he signalled again with a raising of his eyebrows. No surprise at all the next man to shuffle from a high stool. It was Dominick Gleeson, aka Big Dom, editor of the city’s only newspaper, the Bohane Vindicator. Of course, it was in no small part thanks to Logan Hartnett that the Vindicator remained the city’s only paper. Its masthead slogan: ‘Truth or Vengeance’, as inked above a motif of two quarrelling ravens.

The Dom was a busy-faced lardarse who walked a softshoe shuffle, and as he came padding across to the Long Fella’s table, already he was muttering sadly, as if the machinations of life in the city had become too much for him. Dom fed on an all-meat diet and he had the high colour of it. He carried with him a small glass of moscato wine and the following morning’s proposed editorial comment. He laid the copy before Logan, took a seat, removed grandly a silken handkerchief from inside his three-quarter-length autumn coat, and mopped his bonedry brow.

‘Oh my angina,’ he sorrowfully wheezed.

Impatiently, the copy was brushed aside.

‘Summerise for me, Dominick.’

The fat newsman leaned forward and allowed on his features a moist, hammy scowl.

‘I’m after comin’ out bullin’ against the plan for a Beauvista tram, Mr H.’

He sipped at his moscato and winked broadly. Tiptoed his fingers across the tabletop and onto the saucer of pumpkin seeds – Logan swiped the fingers away, and Dom winced, blew on them, and adopted a look of brutalised innocence. Logan couldn’t but grin.

‘Your rationale, Dom?’

‘I’m sayin’ the las’ place that need a tram is Nob Hill, sir.’

Beauvista was always referred to thus in the Vindicator’s common-touch argot.

‘I’m sayin’ the Bohane Authority would be far better off spendin’ the bucks on improving the El train and serving the dacent ordinary people . . .’

With chubby fingertips Big Dom mimicked a tiny violín.

VII. Traducción

LA NATURALEZA DEL DESORDEN

El problema proviene del río. Sin duda: la mácula de maldad presente en el aire de la ciudad es una mácula que procede de ese río. Al fin y al cabo, estamos hablando del río Bohane. Una ola de aguas negras malévolas que surge desde las cloacas de la Gran Nada, que fue lo que engendró a la ciudad y le dio nombre: ciudad de Bohane.

Caminaba por los muelles y respiraba la dulce maldad del río. Era pasada la medianoche en el frente de Bohane. Había cierta consonancia en sus pasos, un ritmo calmado y lento propio del cuero contra los adoquines. Las farolas del muelle ardían en la noche como una neblina verde, como la luz de un sueño melancólico. Para Hartnett, el rugido del agua era como el torrente de su propia sangre y, mientras atravesaba los almacenes de mercancías, los perros guardianes lanzaron una secuencia de aullidos capaz de oírse por todo el frente. Observad a los perros, con su pelaje erizado y los ojos amarillos y lívidos.

Se podía saber que se estaba acercando por el aullido de los lobos. Los polis lo observaban desde la distancia: un par de ellos montados que daban de beber a sus picazos en un abrevadero de Distrito del Humo. Los polis parecían salidos de una matanza.

—¿Ves? —dijo uno—. Albino de mierda.

—Pon en hora el reloj —dijo el otro.

Albino era como le llamaban algunos. Otros lo conocían como el Capo: dirigía la Guarida de Hartnett.

Atajó por el muelle y se dirigió hacia el Laberinto, el infame Laberinto de Bohane: un laberinto lleno de maldad, una maraña incomprensible de calles. Harnett poseía ese aspecto tan típico de Laberinto: un tipo sofisticado vestido de Crombie, el cual le colgaba de los hombros y que llevaba puesto encima de un traje italiano de *mohair* gris pálido. Sus dientes eran como un cementerio asaltado, pero todos cargamos con nuestras propias cruces. Unas botas portuguesas cosidas a mano marcaban sus pasos, y lo que enfatizaban era su dinero.

Les daba duro a los ricos: oh, qué historias contábamos en Bohane sobre Logan Hartnett.

Las pequeñas y húmedas plazas del Laberinto se aparecían de repente como si boqueasen mientras Logan las atravesaba. Durante la madrugada toda clase de tipejos pululaban en lo más profundo del Laberinto. Miraban hacia abajo cuando Hartnett pasaba, examinaban sus propios pies y sus petacas de oporto (no querías sostener la mirada del Capo si podías evitarlo). Era extraño, pero le teníamos miedo y a la vez sentíamos una especie de orgullo por él. Tenía cierto porte, como decimos en Bohane. Era orgulloso, iba siempre bien erguido y nunca miraba ni a izquierda ni a derecha: siempre al frente con los hombros echados hacia atrás, como un general. Caminaba por la maraña árabe de callejones y calles angostas que constituyen el Laberinto mientras se oía el golpe, el vuelo, el golpe, el vuelo, del cuero portugués contra los adoquines.

Y era obvio que Logan estaba en su elemento mientras se adentraba en el Laberinto. No temía a las sombras, conocía la fibra del lugar, cada giro y deje.

Jenni Ching le esperaba bajo el espino blanco en la plaza número 98.

Se acercó a la chica, y con sus pasos fue suficiente: la chica no necesitaba levantar la mirada para saber que era él. Hartnett le dedicó una sonrisa de todos modos, una que mostraba burla y un largo sufrimiento, como diciendo: ¿quieres más, Jenni? Y se sentó en el banco a su lado. Puso la mano encima de la suya, que era pequeña, delicada, y letal.

El banco tenía grabados innumerables nombres de amantes.

—¿Y bien, muchacha? —preguntó él.

—El cabrón ese al qu’han matao en el Humo era un Cusack de La’ Colina’— respondió ella.

—¿Se lo merecía, Jenni?

—¿No l’hacen siempre lo’ Cusack?

Logan apretó los labios en señal de aprobación.

—Los Cusack siempre han sido mala gente, chica.

Jenni cumplía diecisiete ese año, pero a pesar de ello tenía mucha sabiduría. Era cuidadosa, y se mostraba atrevida con sus pantalones de tiro bajo, sus zapatos de cuña y su pelo con mechas recogido en un moño alto. Sacó la colilla barata del bolsillo delantero de su chaqueta de vinilo blanco y la encendió.

—Ya tengo mucha' puta' movidas al otro lao del puente, señor H.

—Lo sé.

—Lo' Cusack estarán a rabiarse de venganza, ¿y sabe' qué? Que l'último que necesita el Humo es tener a eso' capullo' bajando desde La' Colina'.

—Los Cusack siempre han sido de hablar, Jenni.

—No sólo me da miedo que hablen, H. M'han dicho que tienen tre' bloque' de pisos en La' Colina' con la marca de lo' Cusack y eso son tre' bloque' lleno' de taaos a lo' que le' gusta montar bronca, ¿m'oyes?

—Sí, sí, Jenni.

Era tradición en Bohane que las familias de Las Colinas del Norte se dieran de cabezazos contra las familias del Laberinto. Logan gobernaba el Laberinto, era del Laberinto hasta la médula, y su poder era el más feroz en la ciudad ese año. Pero aquí estaban los Cusack, cogiendo fuerzas y agallas en Las Colinas.

—¿Y ahora qu'hacemo', Logan?

Jenni era astuta. Le venía de familia: los Ching llevaban muchas generaciones en el Distrito el Humo. Allí todo eran putas, hierba, locales fetiche, cuchitriles de grog, callejones de drogas, salones de sueño y restaurantes chinos. El Distrito del Humo estaba al otro lado del puente que conectaba con el Laberinto, y también era donde la Guarida de Hartnett ejercía su poder en el Distrito el Humo. Pero estaban los Cusack.

—Diría que nos tenemos que mover deprisa, querida Jenni.

—Porque van a venir de toa' forma', ¿verdá?

—Sin ninguna duda, chica. Van a venir ladrando. Deberíamos obligarles a que se muevan rápido.

Ella pensó en la táctica.

—Antes de que estén preparao' para darno' fuerte, ¿no? Jugar con su orgullo. ¿Cuál será el grito de la Guarida? Ojo por ojo, Cuse, ¿o no lo' tenéi' bien puesto'?

Logan sonrió.

—Eres una chica excepcional, Jenni Ching

Ella hizo una mueca al oír el cumplido.

—Es bonito que digas eso, H. Claro que lo' Cusack no deberían provocarno', ¿me sigues? Sólo son una panda de cabronazo' de La' Colina' que se creen valientes y orgulloso' ¿Y para colmo nos mandan mensajeros al Humo? No' tenemo' que preguntar por qué s'han vuelto tan valiente' de repente.

—¿A qué te refieres, Jenni?

—Lo que digo e' que pueden oler la debilidadá. Se piensan que no estás a lo' negocios de la Guarida.

—¿Y a qué otra cosa podría estar?

Jenni le dirigió su mirada fría y se la sostuvo.

—Eso no tengo que decirlo yo, señor Hartnett.

Él se levantó del banco, sonriente. La mano de la chica no se había calentado nada en todo el rato en el que la suya había estado encima.

—¿Entonces quiere' joder a lo' Cusack? —preguntó ella.

La miró brevemente: su mirada lo decía todo.

—¿T'as seguro H? ¿Otro invierno sangriento en Bohane?

Una sonrisa: lo más gris posible.

—Las noches se nos pasarán volando.

Logan Hartnett quería mantener a la chica Ching cerca. En una ciudad tan pequeña y homicida uno tenía que estar atento a todo lo que ocurría. Caminó por la oscuridad del Laberinto. Las calles de los viejos edificios son estrechas, empinadas, están mal iluminadas y los altos riscos le dan al Laberinto esa sensación de encierro. Nuestra ciudad está construida a lo largo de esos altos riscos que recogen el río Bohane. Las calles descienden hasta llegar al río, que es un torrente negro y rápido que discurre al pie de casi cada calle. Es tan negro como las aguas del pantano que lo alimentan, y unas millas más abajo el río rodea el último de los riscos y desemboca en el océano susurrante. El océano no se ve desde la ciudad, pero siempre se oye el rumor de ozono de su proximidad, un chirrido en el aire como una ronquera.

Es tan desolador como sólo el oeste de Irlanda puede serlo. El jefe de la Guarida, Hartnett, giró en un callejón concreto, echó un vistazo por encima del hombro con sumo cuidado y se deslizó por un portal. Pulsó tres veces el timbre de latón, hizo una pausa, y pulsó dos veces más. Se fijó en una araña que descendía haciendo rapel desde lo alto del marco de la puerta, disfrutando de su descenso calculado, y pensó que era una época del año tardía para esa araña al ser octubre y estar la ciudad de un humor tristón. Hubo un movimiento apresurado procedente del interior, la tapa de la mirilla se levantó y la sustituyó una pupila y su breve sobresalto. El cerrojo repiqueteó dos veces, y la puerta de metal rojo se deslizó chirriando—¡ñiiiiiiii! — a lo largo de sus guías. Necesitaban que las engrasasen, pensó Logan, cuando apareció Tommie el tabernero: un enclenque parecido a un nabo y con pelo en el pecho. Se inclinó una vez y susurró una reverencia.

—Me imaginaba que sería usted, señor Hartnett. Ya era la hora.

—Dicen que la rutina es vecina de la locura, Tommie.

—Se dicen muchas cosas, señor Hartnett.

Encendió su sonrisa pálida para el tabernero. Puso un pie adentro, empujó la puerta firmemente sobre sus guías, la cerró haciendo un sonido—¡ñiiiiiiii! — y el hombre continuó por un pasadizo estrecho. Las paredes de un rojo vivo sudaban como las paredes de una discoteca. Sin duda, el edificio había sido justamente eso, pero había pasado mucho tiempo desde que fue reconvertido.

Lejos quedan los días de discotecas en Bohane.

—¿Cómo está su señora, señor H?

—Está excelente, Tommie. ¿Por qué no lo iba a estar?

Había tensión en la sonrisa del Albino, una que aterrorizó al tabernero. Una que también le hizo dudar.

—Tan sólo preguntaba, señor H.

—Bueno, muchas gracias por preguntar, Tommie. Se lo haré saber.

Un velo extraño y distorsionado descendió por un momento sobre sus ojos, y el pasadizo se retorció, se giró y desembocó en un antro a duras penas iluminado y colmado de voces susurrantes nocturnas.

Esta era la Taberna de Tommie.

Este era el centro del poder de Bohane.

Los bordes de la habitación tenían alineadas banquetas de terciopelo rojo. Ocupaban las banquetas unos hombres gordos de grandes papadas agradecidos por la mala iluminación del lugar. Eran los comerciantes de la ciudad, hombres con gusto por la laca para el pelo, el licor fuerte, y las grasas saturadas.

—Borrachos y puteros —dijo Logan, lo suficientemente alto como para que lo oyeran aquellos que estuviesen atentos.

Al final del fino parqué había una barra elegante con barandilla de metal. Logan caminó hacia ella imponente. El pulido obsesivo del suelo de bloques franceses se evidenciaba en la joroba de Tommie el tabernero mientras se apresuraba a deslizarse por debajo de la trampilla de la barra. Cogió su trapo y se apresuró en sacar brillo a la parte de la barra donde Logan se sentaba cada noche.

—Le estás haciendo muescas, Tommie.

Logan sacó los brazos de las mangas de su Crombie y lo colgó de la percha situada bajo la barandilla de la barra. El mango de su cuchillo era visible para todos (de nácar con vetas turquesas) y estaba remetido bajo su cinturón con la chaqueta subida a la altura de la hoja para alardear un poco de ella. Alisó con la mano el *mohair* de su traje italiano. Se quitó un hilo suelto. Distraído, se pasó la punta del pulgar por la mejilla de súper estrella.

—¿Algo extraño que haya ocurrido, Tommie?

Sin duda, el tabernero se sobresaltó.

—¿Algo extraño, señor H?

Logan le dirigió una sonrisa de falsa inocencia.

—Me refiero a si hay algo de salseo por aquí, Tommie

—Ah, bueno, sólo habladurías, señor Hartnett.

—Ah, ¿sí?

—Pues ya sabe, quién va' por quién, quién se carga' quien. A quién le va' llegar su merecido.

Logan se recostó sobre la barra y su voz bajó una nota.

—¿Y se dice algo de fuera de la Gran Nada, Tommie?

El tabernero sabía bien a lo que se refería Logan: la noticia ya estaba allá fuera.

—Pos supongo que sabe sobr'eso que se comenta, ¿no?

—¿Sobre qué exactamente, Tommie?

—Pues sobre cierta... persona a la que han visto por aquí.

—Dime el nombre, Tommie.

—Sólo es un rumor, señor Hartnett.

—Dilo.

—Sólo es un nombre, señor Hartnett.

—Que lo digas, Tommie.

El tabernero echó un vistazo a la sala, con los nervios a flor de piel.

—El Gant Broderick. —dijo por fin.

Logan tembló como una niña para burlar ese nombre, y tamborileó con los dedos un ritmo rápido sobre la barra.

—Primero los Cusack y ahora el Gant —dijo—. Debí de haber sido un desgraciado en mi anterior vida, ¿verdad Tom?

Tommie el tabernero sonrió a la vez que suspiraba.

—¿Quizás incluso en esta vida, señor H?

—Oh, los tienes bien puestos, Tommie. Así se hace.

El tabernero intentó mostrarse alegre tanto como pudo.

—¿Tiene usted canguelo, señor?

—Oh, desde luego, Tommie.

El tabernero colgó el trapo en el clavo. Intentó soltar un silbido despreocupado sin mucho éxito. Tommie no podía disimular en su rostro la sensación que llenaba ahora la sala, los matices y tendencias que se arremolinaban allí. Logan siempre lo usaba como

instrumento para mejorar el estado de ánimo de la ciudad. Bohane podía llegar a ser una lectura difícil de interpretar. Lleva el nombre de un sitio aislado y contradictorio y, sin duda, somos dados a brotes de rabia e hilaridad, lo que nos hace impredecibles. El tabernero tamborileó con garbo el parqué con la punta de sus zapatos.

—¿Qué le quitaría las preocupaciones, señor Hartnett?

Logan se lo pensó un momento. Dejó que su mirada descendiera hacia el ventilador del techo, que cortaba el humo azul de la sala.

—Tráeme una docena de esas ostras tuyas —dijo—. Y un buen chorro de John Jameson.

El tabernero asintió a modo de aprobación mientras se ponía a ello.

—No tiene caso el vivir en pequeño, señor Hartnett.

—No, Tommie. Más nos vale elevarnos por encima de las bestias salvajes.

EL REGRESO DEL GANT

Ese chirrido caliente y desafiante era el tren de Bohane, que tomaba la última curva en la calle De Valera. El tren recorría el recodo de la calle, sus ventanillas se tornaban de un amarillo borroso debido a la velocidad. La calle principal estaba desierta esa mañana sin viento, y el vagón en el que iba el Gant también reinaba el silencio. Tan solo había un par de putas al otro lado del pasillo (por el corte felino de sus mejillas debía de ser chicas de Norrie) y un borracho vestido con un mono grasiento de la Autoridad al otro lado. Como de costumbre, el tren transmitía un aura triste durante las horas previas al amanecer: no había cambiado mucho. El chirrido del tren era como el chirrido del alma. Si estuvieses tirado en la cama, solo, y sucumbieses a pensamientos poéticos, ese chirrido te invadiría. Así nos solemos sentir aquí en Bohane. No hay mejores personas que nosotros en cuanto a los pensamientos poéticos.

El Gant se secó el sudor de la ceja con el dorso de una de sus grandes manos. Tenía un par de manazas como dos fregaderos. El sudor le había venido de sopetón. Hacía calor en el tren (sus viejos radiadores se sacudían como unos bobos bajo los bancos de lamas) y el rubor del calor le trajo una sensación extraña; el Gant había tenido una serie de fiebres esta temporada. El sabor fuerte a juventud le subió por la garganta con una

quemazón rasposa propia de la náusea y el Gant tembló en el tren en la pálida madrugada. Pero las calles familiares se difuminaban mientras el tren avanzaba, y el dolor imprevisto de los recuerdos dio paso a cierta felicidad: ¡estaba de vuelta! Y entonces el Gant sonrió, extasiado, respirando el aire húmedo. Se dispuso a escuchar a las putas.

—Joder, ¡cómo me gustaba ese cabrón que soltaba sinsentido’! —gimió una.

—Pero si era un cerdo, esa e’ la puta verdá —la consoló la otra—. Ese hijoputa se tiraba a toa la ciudad, ¿m’oyes? Te tenía por una tonta.

Estaba de vuelta entre las voces de la ciudad, y su ritmo era lo que ralentizó sus pensamientos. Sentía ahora una fatiga extraña y feliz. Había venido a la Gran Nada atravesando el oscuro páramo. Se había alegrado al subirse al tren en Las Colinas y descansar el peso de sus huesos. El Gant volvía a vivir en Nada. Volvía por fin a Bohane.

Al otro lado del vagón vio al hombre de la Autoridad articular algo triste en medio de su borrachera, seguramente el nombre de una mujer (¿tendría los ojos tan verdes y perezosos como los del amor perdido del Gant?). La ciudad se desplegaba, imagen a imagen, mientras el tren se deslizaba a lo largo de De Valera: una tienda cerrada, el pedestal de un héroe de guerra, un anuncio de un remedio para la gota, una gaviota fantasmagórica apoyada en una farola.

La mañana se levantaba contra la pálida luz de las farolas, una luz que ya se apagaba mientras el tren chirriaba al adentrarse en la terminal contigua al muelle. El tren llegó al final de su recorrido (el impacto de los topes de goma significaba que había llegado al centro, que había llegado al corazón de Bohane) y se sintió en el aire el sabor del diésel y desapareció.

Dejó que las putas y el borracho le adelantasen. Al bajar se podía apreciar que el Gant estaba entrado en carnes y tenía la cara ruborizada, pero no faltaba elegancia en sus pasos grandes. Había cierto vaivén en su forma de moverse, ¿me seguís? El Gant tenía el estilo propio de los viejos tiempos.

La estación se llama oficialmente Bohane St Francis Xavier, pero todo el mundo la conoce como el Salón Amarillo. El Gant respiró el aire malicioso e imperecedero del lugar mientras lo atravesaba. Aunque fueran poco más de las seis de la mañana, el vestíbulo estaba vibrante de vida y los sonidos se intensificaban cada vez más. Vendedores mancos de nueces graznaban sus precios desde tristes sábanas colocadas en

el suelo de baldosas resquebrajadas, exhibiendo ingeniosamente sus muñones. El acento de Bohane se podía oír en toda la estación: monótono y duro en las consonantes, cantarín y espeso en las vocales, a ratos recordaba al caribeño. Un viejo tocaba el acordeón subido a una caja de naranjas mientras cantaba un lamento por un amor lejano de la juventud. La caja tenía un estampado Tangier (una ruta todavía abierta) y el viejo tenía unos pulmones poderosos, opinó el Gant, aunque no había duda de que estaba a un paso de las fauces de la Eternidad.

El Gant se aguantó las lágrimas otra vez: era un tipo grande pero blando, firme pero amable.

La primera edición del *Bohane Vindicator* ya estaban en circulación, pero el quiosquero no había desenvuelto los paquetes todavía. El señor escuchaba, con los ojos cerrados, una sonata inquietante que sonaba desde un transistor inalámbrico. A estas horas el selector de la radio gratuita de Bohane mostraba una tendencia hacia lo clásico y, especialmente, hacia lo melancólico. El quiosquero balanceaba la cabeza al ritmo de los violines.

Oh, en esta punta de la península nos merecemos medallas al sentimiento.

El Gant se fijaba en la nube desdibujada de rostros a medida que caminaba. Los rostros, las voces, el movimiento: todas las señales estaban claras. Le decían que por fin estaba en casa; algo que le resultaba bonito y doloroso al mismo tiempo. La buscaba en cada mujer que se le cruzaba, en cada moza. Le compró un paquete de cigarrillos a una señora de gran solera envuelta en un hule verde: Annie, típico de la escena.

—¿Tres chelines... y dos peniques? —dijo ella.

Se lo dijo como preguntando, claro, como si lo reconociese a pesar de los años pasados.

—Quédese el cambio, querida —respondió él.

Había cierta ronquera en su voz, cierta emoción, y su acento todavía tenía un deje propio de la península incluso después de tantos años fuera. Años de tristeza, años sangrientos: de un Gant que tenía sus propias agonías. Percibió el fragmento de una canción de tiempos pasados y entonó la letra en voz baja.

Pensaba hoy en esta tierra tan hermosa,

Que verá cuando el sol se ponga...

Las putas que se habían bajado del tren estaban ahora delante suyo en el vestíbulo. Habían recobrado la compostura. Se pintaban la cara con valentía mirándose en la polvera de mano mientras caminaban. Sabía que se dirigían al Distrito del Humo, a su turno de mañana. El Gant las observó mientras atravesaban el Salón Amarillo. Ah, mirad: el contoneo de sus nalgas huesudas bajo la tela sedosa de sus faldas atrevidas, y sus gemelos tan delicadamente tonificados por haber pasado la mitad de sus jóvenes vidas sobre tacones de aguja de quince centímetros. La imagen de las chicas le puso sentimental. Cuando era joven había dirigido establos de putas. Hubo un tiempo en el que el Gant dirigía el Distrito del Humo, un tiempo en el que controlaba todo lo que ocurría en la ciudad.

Se decía en Bohane que el Gant la había dirigido limpiamente.

Se detuvo para tomarse una taza de café en la entrada principal del Salón Amarillo. Se lo servía con mano experta un enano en la parte trasera de un puesto de café con licencia. Observó, absorto, cómo el enano prensaba el café, hizo un apaño con la vieja *Gaggia*, y colocó una tacita para recoger el líquido. El enano también le resultaba familiar: una frente pequeña y apretujada, nariz de boxeador, labios extrañamente sensuales. El Gant habría jurado que fue su padre del enano el que había regentado aquel puesto cromado antes que él. Las generaciones solían pasarse el relevo. Se bebió el café de un trago y se estremeció, le dio las gracias al enano y le pagó. Arqueó las cejas al notar el sabor amargo del café mientras contemplaba el principio de aquella mañana de octubre. Las gaviotas se volvían locas sobre los adoquines del muelle.

Las gaviotas nunca habían estado en sus cabales. Eso es lo que se solía decir. Caían en picado por las calles con auténtica locura en sus ojos y una maldad inescrutable en sus graznidos. Las gaviotas de Bohane son una panda de cabronas. Las había echado de menos una barbaridad. Se rio a carcajada limpia casi llorando mientras el viento de la mañana arrastraba a los pájaros por el cielo, pero no atrajo ninguna mirada: seguro que el Salón Amarillo estaría abarrotado de gente sin oficio ni beneficio en hora punta.

El Gant se puso en marcha y se dirigió a la pasarela del Distrito el Humo. Sacó un trozo de papel del bolsillo y lo desplegó. Leyó una caligrafía que no había cambiado con los años (una letra grande, nerviosa e infantil), unos garabatos que decían:

Buen Café Ho Pee Ching

El Gant tenía que encontrarse con una moza en este sitio. Era buen momento para ese encuentro: así podía camuflarse entre la marea de gente. Sabía que en el Distrito del Humo estaría atestado a estas horas de la mañana. A esta hora salían los últimos turnos de los mataderos y las fábricas de cerveza. En Bohane se fabrican salchichas y cerveza. Al fin y al cabo, estamos a más de cincuenta metros de altitud, donde los inviernos no perdonan, y necesitamos el calor interior proveniente de la dieta basada en la carne y en el exceso de bebida. Las fábricas trabajaban todo el día y después del turno de noche era costumbre ir al Distrito del Humo para divertirse. En la neblina del amanecer los chicos de la cervecería tenían los ojos soñadores por los vapores del lúpulo, mientras que los del matadero llevaban toda la noche hundidos hasta las axilas en los cuerpos de las bestias, llenando carretas para las losas de los carniceros del mercado del Laberinto. Ahora las carretas bajaban por los adoquines sucios, cargando un lastre sangriento:

Se veían cabezas de oveja desolladas, cuartos traseros de cerdos venosos y carnosos, restos acuosos de hígados y bazos, entrañas, riñones, pulmones y lenguas: somos carnívoros hasta decir basta, y nosotros en Bohane nos comemos todo.

El Gant encorvó los hombros por el fresco de la mañana. En el aire resonaban en tono grave los mugidos de las bestias condenadas: nuestros corrales se disponían a lo largo de los muelles. El Gant pisó una alcantarilla por la que discurría un torrente de sangre fresca.

Pensó, ¿cómo era posible que uno tuviese pensamientos civilizados en semejante lugar?

Mantuvo la cabeza gacha mientras caminaba. Intentaría no idealizar el lugar: tenía trabajo que hacer. El suyo era un rostro en el cual la edad desaparecía tanto como resurgía. A veces era el rostro de un chaval; otras, podía parecer un anciano. Estaba de un humor enfurecido: parecía preparado para que las sanguijuelas lo desangrasen. Su estado de ánimo era muy cambiante. Lo vigilaba constantemente. Llevaba con él una petaca de oportó. Destapó la petaca y le pegó un trago para recuperar fuerzas: era medicinal. El Gant tenía algo de sangre gitana, desde luego (incluso su nombre tenía origen gitano) pero todos en esta ciudad tenemos algo de sangre gitana. Echad un vistazo a nuestro porte: los hombros hundidos, la beligerancia de las zancadas, los ojos color castaño ahumado; no somos precisamente oficinistas. Por supuesto, si hacías estimaciones gitanas de los huesos, resulta que el Gant tenía unos huesos ciertamente viejos. Tenía cincuenta años.

De todas formas, la vida seguía.

Los chavales, con las caras rojas, caminaban hacia la pasarela en parejas alegres y tríos felices. Estos caballeros de Bohane solían ser bajitos y culones: tipos duros de derribar. El Distrito del Humo es su paraíso lúgubre. Aquí tenemos una expresión para describir al hombre de moral decadente:

Hay un tipo que se dirige a la pasarela del Distrito del Humo.

Es un puente peraltado hecho de caliza de la Gran Nada. El Gant caminó sobre él y alcanzó el punto más alto, justo por encima del río negro, de la corriente nauseabunda del río de Bohane y descendió hasta El Distrito del Humo. Cada uno de los distritos lo asociamos a un sentimiento, a cierta melodía, y él sintió el vuelco en el estómago, el desvanecimiento del alma, la nota desafinada, que provoca la entrada al distrito.

El Distrito del Humo desplegaba sus tiendas de grog, sus bares de fideos, y sus salones de masajes. Sus bares clandestinos fríos y húmedos, y sus locales fetichistas. Sus galerías de tiro, prostíbulos, y casas de apuestas. Todas apiñadas en las calles. Las chimeneas ruinosas estaban apiñadas con una gran felicidad demencial contra el cielo matinal. Las calles bañadas en la luz del amanecer se atestaban con caras familiares. El Gant sintió de repente como si no se hubiera marchado del lugar. Igual todavía podía meter mano en los chanchullos del lugar. Igual la chica Ching podía ponerle al día.

El Gant echó un vistazo por encima del hombro (dada su condición, fue intuitivo) y vio que el hombre de la Autoridad del tren seguía sus pasos, ahora sobrio. O sea que ya estaban al tanto de sus movimientos: el Gant se riñó a sí mismo por haber sido tan descuidado. ¡Bendita inocencia! Pero el hecho de que le siguieran también era un alivio. Venía a decir que su nombre todavía significaba algo. Paró y se apoyó en la pared de la tienda de grog. Vio al hombre de la Autoridad parar también y echar un vistazo a una pila de postales mugrientas.

Para librarse de él, el Gant entró en un burdel, y se dio de bruces con el más familiar de los olores del Distrito del Humo: la típica mezcla de ungüento calmante, maría de la Gran Nada y colonia barata.

Pagó la tasa a una madame ceñuda del burdel, subió las escaleras, y ahí, en una estera de juncos, pasó el rato con una chica de Norrie, y no hizo nada más.

—¿Te sientes solo? —le preguntó ella.

—Me siento tan solo que podría sacarme los sesos —respondió él, y ella se rio, y le encendió un cigarro.

—Eres muy mona ¿eh? —dijo él dando una calada potente.

—¿Quieres comprobarlo otra vez? —preguntó ella.

Más tarde, cuando salió a la calle de nuevo, el hombre de la Autoridad ya no estaba a la vista, y el Gant se dirigió al Ho Pee. Ahora la ciudad brillaba bañada por la luz de la mañana, con la silueta de los edificios oscura. Pero, pensó el Gant, lo que estaba más allá era nuestro origen y maldición.

Y más allá estaba la Gran Nada.

UN MATRIMONIO

La sede de los Hartnett era de estilo gótico en Beauvista, un caserón viejo, adusto y robusto, todo recodos y chimeneas. Sus ventanas altas y delgadas de plomo estaban llenas de reproches, sus gabletes recubiertos de hiedra, su mampostería fabricada en punta y con un tono miel que emergía ahora contra en azul de la media mañana de octubre. Se alzaba a plomo en medio de una hilera mansiones viejas e imperturbables que formaban una avenida frondosa en lo alto del risco de Beauvista. La Decencia de Bohane había construido su residencia de Beauvista para que diesen la espalda a la ciudad (aunque el dinero con que habían sido construidas provenía de sangrar a la ciudad) pero en realidad Logan Hartnett y su esposa nacieron en el Laberinto. Tenían un jardín en la azotea a la sombra de las hileras de chimeneas, y estaba orientado de modo que mirase hacia la cuenca d la ciudad, como si la echaran de menos. Pasaban mucho rato ahí arriba.

Miradlos en la luz de la mañana: tan elegantes y sin hijos.

Logan se sentó en la mesa de hierro forjado. Llevaba puestas unas botas de color rojo oscuro, unos pantalones de color gris ahumado a rayas y unas coderas sobre las mangas de una camisa azul claro. Se le veía dubitativo en su dominio privado. Se calentó las manos con el cuenco de té y miró a su mujer.

—¿Vas a salir por la ciudad, muchacha?

—¿Por qué lo preguntas?

—Es una pregunta sin más, Macu.

—Me quieres todo el puto día contigo, ¿verdad?

Macu, abreviatura de Inmaculada, le lanzó una mirada cargada de enfado ibérico. Su padre era un portugués de un barco pesquero que se quedó encallado. Se casó con una mujer del Laberinto, y como resultado Macu era de compleción oscura y delgada, con un

porte elegante, y una tristeza innata. Uno de sus ojos apuntaba hacia el otro, pero no por ello era menos atractiva.

—Lo único que digo es si vas a ir a la ciudad.

—Es difícil evitarlo.

—¿A quién vas a ver en la ciudad?

Macu llevaba puesto una chaqueta de pelo de zorro sin mangas perfecta para el fresco de la mañana. Con unas tijeras para podar recortó los rosales que asomaban por la pared. Ignoró la pregunta. A veces le gustaría apuñalarlo. Justo ahí, en medio de los omoplatos: sentir cómo un cuchillo de Bohane de veinte centímetros se introducía y se clavaba. Pero la astucia de Hartnett aún podía ablandarla.

Él hizo una mueca de desagrado al probar el sabor amargo y herbáceo del té. Ella se dirigió a la mesa y llenó una taza para ella. Había dejado que hirviera hasta que adoptó un color marrón como el de las botas viejas.

—Ortiga —dijo ella.

—Sorpréndeme —replicó él—. No hay manera de conseguir una taza de café aquí, ¿o qué?

—Es buena para los riñones —dijo ella.

—Bueno es saberlo.

Por su cara parecía que Logan apenas había pegado ojo, aunque eso no era novedad. Igual una hora o dos, no más, y Logan Hartnett estaba despierto para la ciudad de nuevo. Las sombras oscuras bajo los ojos le daban un aspecto demacrado, pero esto, según él, no hacía sino contribuir a ese aire suyo de elegancia decadente. Ella lo negaba, pero en parte también lo creía.

—Yo también iré pronto —dijo él.

—Sin ti todo se colapsa —dijo ella.

Bohane se mantenía relativamente tranquila como era habitual en esta época. Siempre hay días como estos en octubre, cuando la paz, o más bien una ilusión de paz, se posa brevemente en la ciudad. Sonaron las campanas de la iglesia y en vez de romper la somnolencia la enfatizaron.

—Tengo que hablar con los demonios, ¿verdad? —preguntó él.

—¿No es lo que te toca siempre? —replicó ella—. La Guarida, la Guarida...

Era la última mañana en la que el sol todavía daba el calor suficiente para poder sentarse fuera. Él tomó un sorbo del té e hizo otra mueca. Había cierta preocupación nueva, una astilla en alguna parte, y ella se regocijó en ello y supo que no tenía que intentar sacarla. Saldría tarde o temprano.

—¿Vas a ver a Nena?

Él suspiró:

—Ah, supongo que me pasaré por ahí.

Nena Hartnett, su madre, tenía ochenta y nueve años y una salud desenfadada. Era la mujer más extraordinaria que hubiese pisado el Laberinto, pero ahora vivía en una suite en el último piso del Hotel Bohane Arms. Las cortinas llevaban cerradas décadas.

—Dale un beso de mi parte —dijo ella.

—Lo estará deseando.

Era satisfactorio pasar la mano por planicie de su vientre. Estaba de buen ver teniendo en cuenta las cosas. Logan siempre decía que podía romper nueces con esos muslos. Logan entrecerró los ojos mientras la observaba. Su piel parecía casi translúcida a la luz de la mañana. Ella se dio cuenta que estaba a punto de soltar lo que le preocupaba.

—¿Entonces? —dijo ella.

Él sonrió sabiendo lo bien que le conocía.

—Seguramente sólo sea un rumor.

—En eso se basa este sitio, Logan. ¿Qué tiene este de diferente?

—Dicen que el Gant ha vuelto.

No estaba preparada para esto.

—¿Gant Broderick?

—¿Conoces a otro Gant?

Ella intentó mantener la voz tranquila.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo. En los tugurios, en los callejones. Dicen que está de vuelta en la Gran Nada.

—Ni de coña —soltó ella.

—Lo más seguro

Macu había estado a su lado cuando el Gant controlaba Bohane.

Al padre de Macu le había encandilado Bohane: tenía un algo, y aunque con tan solo visitarlo una vez la morriña dura siempre. Abrió un bar en la calle De Valera y lo llamó Café Aliados, nombrado así en honor a una plaza de su ciudad natal. Se casó y nació Macu, que le devolvió la juventud, un resplandor tardío en su vida. Con los años, el Aliados se convirtió en un sitio concurrido en la Guarida del Laberinto. Era difícil para un chico de la Guarida no darse cuenta de la monada que trabajaba en la cafetera, destapaba las cervezas y colocaba los platillos de semillas de calabaza. Tenía la piel un poco más oscura, pero era de Bohane hasta la médula, y era evidente en su mirada perspicaz y su lengua rápida.

La mancha de Bohane era más fuerte que la sangre.

—¿Estás preocupado?

Él la miró como un libro abierto. Se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia el sol de la mañana.

—Si hubiese algo de verdad en ese rumor —dijo él—, no es el mejor momento.

—¿Por qué?

—Los Cusack están armando bulla, chica. Podrían asaltarme en cualquier puto momento en todas partes.

—Es lo divertido de la vida que escogiste, Logan.

—Que *ambos* escogimos. Te escucho.

No le preguntaría directamente cómo se sentía ella con respeto al regreso del Gant. Incluso en los matrimonios más duraderos hay cosas demasiado sensibles. El Gant estuvo fuera de Bohane durante veinticinco años.

La mañana era el momento en el que ella traía las macetas de la terraza de la azotea: el viento soplaría con fuerza pronto. Se puso manos a la obra como si no tuviese otras preocupaciones, pero mantuvo la mirada baja y escondida de él.

Su mente se aceleraba, su corazón dolía.

Los pálidos azules y verdes de sus sarracénias le susurraban a la luz del sol matinal.

UNA ASAMBLEA EN LAS COLINAS

Al otro lado de la cuenca de la ciudad opuesta a Beauvista estaba la tosca expansión de las Colinas del Norte. Con el paso de los años, los aborígenes de Bohane se habían reproducido en exceso y las calles angostas del Laberinto se les habían quedado pequeñas (inviernos largos, noches oscuras, naturalezas románticas) así que habían construido edificios en las Colinas para albergar el excedente. Las familias del Laberinto y de las Colinas están bastante emparentadas si te remontas a varias generaciones, y esto es quizás lo que explica la profundidad de su rencor mutuo.

Las Colinas es un lugar lúgubre y desolado, con un viento furioso. Poco se habla de vivir en lugares con tanto viento. Cuando el viento sopla con tanta ferocidad como en la Gran Nada y lo hace durante cuarenta y nueve semanas al año, el efecto no es solo físico...sino también filosófico. Es difícil mantener la moral firme ante tanto viento. Los constantes asaltos del viento arrancan a la mente de sus pensamientos. El resultado es gente caprichosa y temperamental con una tendencia hacia giros extraños de la lógica. Así eran (y son) las personas en las Colinas del Norte.

Sin embargo, este mediodía en particular, mientras el Viejo Mannion daba elegantes zancadas a lo largo de las ruinosas avenidas del terreno de Norrie, todavía imperaba la calma de octubre. A ambos lados de la avenida los edificios estaban dispuestos en semicírculos desoladores. De vez en cuando algún niño saltaba desde una torreta averiada y los perros deambulaban en manadas inquietas. Pero por lo demás todo estaba tranquilo ya que las Colinas es un sitio de vida nocturna.

Aunque tenía casi setenta años, se vestía juvenil. Llevaba puestos unos pantalones de tiro bajo, botas de caña alta con tacones que resonaban, un chaleco de pana y un sombrero colocado en un ángulo juguetón y chulesco. El Viejo Mannion tenía conexiones

por toda la ciudad: era el intermediario de Bohane. Se encontraba a gusto tanto sentándose para una asamblea en el salón de una mansión de Beauvista como en un encuentro en los bloques de las Colinas. Se enteraba tanto de lo que pasaba en el Laberinto como de lo que pasaba en el Distrito del Humo. Estaba en buenos términos con los trajeados del distrito de negocios, con quienes compartía choques de puños (esos chicos despreocupados y grasientos que trabajaban en la Avenida Endeavour en Nuevo Bohane) y podía darle a la sinhueso también con los más ignorantes de la Gran Nada. La laringe de Mannion era un instrumento asombroso. Imitaba de manera precisa la cadencia y tonos de cualquiera con quien estuviese hablando, todo ello mientras mantenía una nota cálida y reconfortante. Si lo escuchabas en Endeavour jurarías que tenía acciones en Bohane First Commercial; si lo escuchabas en la Gran Nada jurarías que estaba hecho del mismísimo barro del cenagal.

En pocas palabras: el Viejo Mannion era un político.

Se aproximaba ahora a un círculo de bloques de la mafia Cusack. Un caballero apodado Ojos Cusack le estaba esperando en el espacio verde frente a los edificios. Estaba pensativo apoyado en una caseta de generadores quemada. Estaba fumando. Se percató de la presencia del Viejo Mannion, tiró el pitillo al suelo y lo pisó, y los dos se abrazaron viril y brevemente.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó el Viejo Mannion.

Le llaman Ojos por una buena razón. Podía ver la ciudad a través de esos pequeños agujeros dispuestos en un rostro ancho y blando como las gachas.

—Uno de mis chicos s’ha llevao una puñalá en el pecho con un cuchillo de veinte centímetros —respondió él—. En el Distrito del Humo.

—He oído que hubo un altercado —dijo el Viejo Mannion—. ¿Crees que podrá con esto, Ojos?

—Bueno, no va’ poder pisá una pista de baile durante un tiempo. Y además es mi sobrino, Señor Mannion. Es un chaval de mi hermano, ¿sabe? De sangre. A mi hermano se l’ha ido la pinza y su mujer está tragando tranquilizantes de caballo como si fueran caramelos, ¿me sigue?

Ojos Cusack estaba calvo y gordo. Llevaba puesta una camiseta, pantalones de chándal, y botas de boxeo (el uniforme estándar de los tipos duros de las Colinas para esta temporada) y llevaba un desafortunado bigote de estilo calipso.

—Sería mejor dejar las cosas tranquilas una temporada, Ojos, si es que puedes.

El tono de voz de Mannion era grave, a modo de estrategia, pero fue en vano: Ojos siempre tenía cierta sed de venganza.

—Al Jefazo no l'han matao a uno de su' chavales, Señor Mannion. Querrá saber qu'esto no va a salir bien.

El Viejo Mannion asintió. Se apoyó junto a Ojos Cusack en la caseta de generadores y observaron cómo la ciudad suspiraba.

—Últimamente Bohane ha estado tranquila —dijo Mannion—. Sería una putada que se fuera al carajo.

—No soy yo el qu'ha ido empuñando un cuchillo por ahí.

—Vale, pero sabes que es Hartnett el que lleva los negocios en el Distrito del Humo.

—Pero le pasó el relevo a Sweet Baba Jay, ¿no?

El Viejo Mannion alzó la mirada.

—No metamos a Sweet Baba en el ajo todavía —dijo.

Ojos se apartó de la caseta con una pequeña sacudida de omóplatos y se volvió para mirar a Mannion.

—Quiero que le llegue el mensaje y que le llegue cagando leches, ¿m'oyes?

—Adelante.

—Quiero que le llegue el mensaje de que tengo a los bloques de mi parte. Que tengo a gente en tós los círculos. Que tengo a MacNiece, a los Kavanagh, a los Heaney. Quiero que le llegue el mensaje de que se necesitan desagravios. Han matao a un chico inocente.

—Ah, Ojos, no va a haber...

—Agravios, ¡Mannion! Lo juro. Dígale qu'un trato justo de los negocios del Distrito del Humo me serviría.

—¿Y qué me dirá, Ojos?

—Dime.

—Pues dirá que Ojos Cusack está mandado agravios al Distrito del Humo. Que está creando un mártir para los de la zona alta y así obtener ventaja. Dirá que estás echando a perder la Paz.

—¿Dirá todo eso?

Cusack se giró para marcharse. Hizo como si llevara tremendo enfado. El Viejo Mannion lo volvió a intentar.

—Ojos... Nadie te ha pedido que mires para otro lado, ¿verdá? Sólo tienes que decir que tu chico se rebeló. Que se metió donde no debía.

—Es el chaval de mi hermano, Mannion. Mi hermano está hecho pedazos y su mujer también.

—Ah, déjalo estar, Ojos, ¿vale? Deja que la Calma dure un poco más y que podamos continuar con nuestros negocios.

—Dígale que estoy dispuesto a sentarme y negociar una parte en el Distrito del Humo.

—Dudo mucho lo de una parte, Ojos.

Cusack le golpeó con el dedo índice, que tenía la uña mordida.

—Si lo que quiere es que Hartnett siga teniendo al Laberinto bajo su mando... Si quiere seguir comiendo ostras en el Tommie y hacer piecitos con la puta loca de su mujer bizca...

—No metas a su mujer en esto.

—Quiere seguir chupando del bote. ¡Pues se sentará y negociará una parte en el Distrito del Humo!

Mannion cerró los ojos: la peor parte era cuando se ponían gallitos.

—¿Así que quieres que baje a donde el Albino con una amenaza en toda regla?

Ojos Cusack sonrió con una de esas sonrisas que no le sacarías ni a un armiño en una zanja.

—Dígale que tengo a los bloques de mi parte.

—Ojos, no hagas esto.

—Uno recoge lo que siembra, Mannion.

—Sí, eso dicen.

—Y quizás le toca pagar el precio, ¿me sigues? He oído que cierto hombre ha llegao en la madrugada...

—¿Esta mañana?

—Sí. Un hombre que s'ha bajado del tren en pleno centro de la ciudad.

—¿De quién estás hablando, Ojos?

—D'un tipo de quien el Capo se tiene que cuidar.

—Te he preguntado de quién estamos hablando, Ojos.

—El Capo lo conoce de sobra. Su mujer también lo conoce de sobra.

El Viejo Mannion alzó la mano suavemente en señal de advertencia.

—No es la primera vez que la gente piensa que Hartnett pierde poder. La misma gente que ahora está criando gusanos en el cementerio.

—Tan solo dele el mensaje, Mannion.

Él asintió y dejó que Cusask se marchase. Observó cómo el viejo escupía y se sacaba los pantalones de la raja del culo. Mannion sacudió la cabeza y suspiró: si es que los de las Colinas del Norte no tenían clase.

Se estaba cociendo un invierno duro. La sangre correría pronto. Pero estaba la posibilidad, pensó el Viejo Mannion, de que una Calma tan larga y persistente no fuera buena para la ciudad.

Un lugar no debía ir contra natura durante tanto tiempo.

LOS MENDICANTES EN EL ALIADOS

Por encima de la calle De Valera el sol trepaba y se reflejaba en cada una de las altas ventanas de la calle, teñidas de blanco y cegadas por el resplandor; cada una de ellas se convertía en un ojo brillante, ciego. La luz parecía atomizar hasta el propio aire del lugar, un aire rico, marítimo, nutritivo. Casi parecía que podías alzar la mano y coger un puñado. Las gaviotas de ojos maliciosos volaban excéntricas mientras graznaban y peleaban. La calle bajo ellas estaba rebosante de vida vespertina.

Sí, y por ahí venían todas las mujeres de brazos grandes y los tipos bajitos y culones. Por ahí caminaban los Polacks taciturnos y las arpías del Laberinto. Por ahí caminaba los astutos africanos y los pesados polis salidos de las ciénagas. Por ahí caminaban los recién llegados gitanos y los malgaches desplazados. Por ahí caminaban las mujeres de las Colinas bajando los 98 Escalones para comprar cigarrillos, medias y caballa: así de variada era la vida en los círculos de bloques. Por ahí caminaban los trajeados de la Avenida Endeavour para echar un vistazo a la vida más ruda. Las chavalas del Distrito del Humo habían cruzado la pasarela para tomar café y tarta en sus aquelarres de cotilleos. Los aspirantes a la Guarida alardeaban de su elegancia y marcaban un ritmo con los tacones. La Calle De Valera era donde todo convergía, donde todos los caminos se cruzaban y entrelazaban, y sí, por ahí iba Logan Hartnett en la tarde ajetreada. Se sentía... Gubernamental.

Caminaba dirigiendo una sonrisa fría como una linterna. Se iba fijando en los conocidos de la Calle De Valera. Se fijó especialmente en una vieja demacrada del Laberinto. Con un brazo empujaba un cochecito con un perro, con el otro mecía una coliflor. Hartnett se acercó a ella al pasar.

—¿Qué vida, Maggie? ¿Rompiendo corazones?

Por las tardes Logan se ponía casi sentimental: era la mancha lo que lo ponía así. Cuando les susurraba a sus conocidos era como si no les hubiese visto durante años.

Cuando pasó por la Botica de Henderson:

—¿Cómo estamos hoy, Denis? ¿Sabes algo de tu mujer?

Cuando pasó por Pescados y Carne Meeha:

—¿Va mejor del pulmón, señora Knott?

Cuando pasó por el Auld Triangle:

—¿Cuándo te quitan las vendas, Terence?

Llevaba puesto un traje delicado de color carbón otoñal, de corte fino, cuya tonalidad contrastaba con su palidez de morgue. ¿Y su caminar? Se podría decir que era regio, sí, y caminaba a grandes zancadas hacia el Café Aliados.

La Calle De Valera traza su recorrido desde la base de las Colinas del norte hasta el río. Divide el Laberinto y la Nueva Ciudad. El alquiler es barato y fácil: los negocios irrisorios se derrumban con la misma rapidez con la que aparecen. Hay adivinos, gente que cura las dificultades con sangre de cabra, y tiendas de discos oscuras y cavernosas especializadas en música de calipso de 78rpms: oh, aquí en Bohane tenemos la costumbre de mover las caderas cuando se escuchamos esta música. Hay quirománticos, y gente que vende sets de llaves. También maletas de ropa con descuentos en palés de panaderías, cajas con pollos vivos, y tiendas de baratijas fieles devotas al culto a Sweet Baba Jay. Había herboristerías, y verdulerías, y salones de billar. Así era la vida en la Calle De Valera, y Logan Hartnett era su dueño.

Se acercó al Aliados. La muchedumbre caminaba en una curva perceptible alrededor de la entrada en señal de respeto. El Aliados daba a la Calle De Valera por la entrada principal y al Laberinto por la salida que había en el callejón lateral. A pesar de todos estos años todavía era el lugar predilecto de reunión para los Hartnett Fancy. Se dirigió hacia el callejón para entrar por la puerta lateral, como siempre: era un animal de costumbres. Un puñado de sus chicos estaban holgazaneando dentro en unas mesitas de zinc. Fumaban y bebían café de unas diminutas tazas de café mientras comían semillas de sésamo y calabaza de unos platillos de fina porcelana de Delft y suspiraban lánguidamente mientras hojeaban las revistas de moda. El Aliados ya no estaba en manos de la gente de Macu, ya que su padre había fallecido hacía tiempo, pero, de alguna forma, todavía tenía un aire de melancolía por el viejo país: una nostalgia persistente.

Logan se dirigió a su mesa habitual en un rincón oscuro del café. Desde su posición tenía una vista nítida de las dos puertas: era cuidadoso. Colgó la chaqueta en un perchero que había en la pared de atrás. La pared tenía colgadas fotografías, ya descoloridas, de equipos de fútbol antiguos. Pertenecían a una era en la que Bohane todavía ganaba campeonatos en Irlanda. Una chica (la más fea que había podido contratar dentro de lo razonable, ya que no quería que los chicos se distrajeran) le llevó café y un platillo con semillas y él sonrió dulcemente en señal de agradecimiento. El murmullo de

los chicos de la Guarida había bajado de volumen desde que Logan entró. Les sonrió a todos. Su sonrisa recorrió toda la sala, era una obra maestra de benevolencia sacerdotal. Pero a nadie le engañó: La sonrisa de Logan estaba preñada de matices. Antes de recorrer el resto de la sala su mensaje (las noticias) había cambiado muchas veces, un giro de medio grado ahí, otro allí, ajustándose a cada paso mientras se posaba en los diferentes elementos de la sala.

Con esa mirada no tenías duda de cuál era tu posición en las filas de la Guarida de Hartnett.

Logan dio un golpecito con la uña en la taza. Tintineó agradablemente. Entonces Logan emitió un suspiro cargado de un largo sufrimiento. Se examinó las uñas: le hacía falta una manicura. Dejó que una mirada particular se asintiese sobre sus rasgos de huesos finos. Como si enfatizara la grandeza de la devoción de un mártir por la ciudad: su devoción.

Por las tardes, la costumbre en el Aliados era que los mendicantes se sentaran en los altos taburetes y esperasen estrictamente por turnos a su breve audiencia con Logan. El poder empezar la audiencia lo señalaba la leve elevación de las pálidas cejas de Hartnett. Esta era una tarde tranquila: sólo estaban esperando un par de hombres. Logan hizo la señal para que los primeros se acercaran, y fue Ger Reid, un carnicero escuálido como un galgo quien cruzó el suelo de baldosas triste.

Logan siempre sentiría recelo hacia un carnicero delgado.

Dejó que Reid se sentase a su lado en la misma mesa. Se sentó en el borde de la silla y tenía esa pinta, visto de cerca, de un hombre ajeno a la paz. Logan le cogió la mano con suavidad y la sostuvo.

—¿No estás bien, carnicero?

—La verdá que no, señor Hartnett.

—Oh, pobrecillo.

El carnicero levantó la mirada como si el misterio de su infortunio pudiese revelarse en el techo curado de humo del Aliados.

—Tengo un... problema, señor.

—Lo sé, Ger.

—Lo que ocurre, señor H, es que...

—Lo sé, Ger.

Sosteniendo la mano del carnicero, la acarició casi con cariño. Miró fijamente al pobre cabrón.

—Es tu mujer, Ger. Eileen. Se ha puesto muy cariñosa con Deccie Cantillon, ¿verdad?

Reid hizo una mueca para aguantar las lágrimas. El hecho de la gente conociese el problema lo humillaba aún más.

—¿Con tu propio primo, Ger?

Reid soltó unos sollozos fuertes e irregulares, que sonaban como eructos. Logan rodeó con un brazo los escuálidos hombros del carnicero. Notó la manera en que los hombros se sacudían al ritmo de los sollozos y se regodeó en esa sensación.

—¿¡Entiende ahora mi dilema, señor!?

—Oh, pobre criatura de Sweet Baba... Oh, Deccie, Deccide, Deccie... Deccie está... justo debajo del mercado de la lonja de pescado, ¿no?... Ah... Nunca te puedes fiar de un pescadero, Gerard. Es lo que siempre digo. Ese es mi consejo para ti. Es la forma en que mirarían esos ojillos relucientes y muertos. ¿Cómo van a salir ilesos de esto?

—Solamente lo sé desde hace una semana, señor Hartnett... He sido incapaz de dormir.

—Yo desde hace tan solo dos semanas, Gerard.

Un dolor punzante atravesó al hombre. Logan sonrió mientras notaba el impacto de sus palabras en la sacudida de la ligera figura del carnicero.

—¡Señor Hartnett, que me dan ganas de matarme!

—Ya me lo figuro, Ger. Seguro que ahora mismo la está lamiendo entera.

El carnicero lloraba ahora abiertamente.

—¿De verdá lo piensa, señor Hartnett?

—Yo diría que es como un gatito con un cuenco de leche.

El carnicero se levantó y cerró los puños nudosos y pequeños, pero Logan tiró de él suavemente para que se sentase en el asiento otra vez.

—¡Que me dan ganas de matarme, señor! ¡De matarme!

Logan colocó un dedo sobre sus labios y chistó con suavidad. Llevó los labios a la oreja del carnicero.

—Ger, vas a tener que guardarte esos pensamientos, ¿de acuerdo? Deja que me encargue yo de esto.

—De verdá va a hacer eso, ¿señor H?

—Por supuesto, Gerard. Me encargaré del pescadero. Y tú puedes encargarte de la zorra adúltera con la que te casaste.

A la luz pálida del Aliados casi se podía llegar a palpar el esqueleto, el subtono gris de la piel, la maquinaria de huesos que era Logan Hartnett. Y sonrió con intención de tranquilizar al hombre. Su sonrisa tenía peso en Bohane.

—Pero tenemos que ser muy cuidadosos, Ger. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí.

—Piensa. Si algo malo le ocurriese a cierto primo tuyo, ¿a quién vendrían a buscar esos cabronazos de los polis?

—¿Quiere decir que todos lo saben, señor Hartnett?

—Hasta los perros de la calle, Gerard.

—Joder, señor Hartnett...

El carnicero bajó la cabeza y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas hasta caer en la mesa de zinc, pero Logan las cogió una a una mientras caían.

—Dónde meterían las narices los polis, ¿eh?

—Ya entiendo lo que dice, señor Hartnett.

—Ya me encargaré de eso, Gerard. Puedes confiar en mí. Y ahora vuelve al trabajo y quítate esas ideas de la cabeza como un buen hombre, ¿vale?

—Es duro, señor Hartnett.

—Lo sé, Gerard. O me lo imagino, vaya.

—Gracias, señor H.

El carnicero se levantó para marcharse.

—No hay de qué, Ger, ya sabes que te pediré algo a cambio llegado el momento, ¿verdad?

—Lo sé.

—Los favores se dan y se devuelven, Gerard.

—Sí, señor Hartnett.

Así es como se decidía el destino de un hombre en la ciudad. Logan Hartnett bostezó, se estiró y le echó media cucharita de azúcar moreno al café. El Aliados se calmó a medida que pasaba la tarde. Los chicos de la Guarida hablaban con pereza sobre derramamientos de sangre y culos. Se cepillaban el pelo los unos a los otros y se probaban nuevas rayas de pelo. Logan estuvo rumiando un rato y se sumergió en el humo de sus propias profundidades, luego volvió a hacer la señal alzando las cejas. El siguiente que se bajó del taburete no le sorprendió. Se trataba de Dominick Gleeson, también conocido como Big Dom, editor de la única revista en Bohane, el *Bohane Vindicator*. Desde luego, era gracias a Logan Hartnett que el *Vindicator* seguía siendo el único periódico de la ciudad. El eslogan de cabecera rezaba: «Verdad o venganza», y estaba impreso justo encima de un motivo compuesto de dos cuervos peleándose.

El Dom era un hombre gordo de cara agobiada que caminaba arrastrando los pies y mientras se acercaba a la mesa del Capo, ya estaba murmurando triste, como si las maquinaciones de la vida en la ciudad se hubiesen vuelto demasiado pesadas para él. Dom se alimentaba a base de carne, lo cual se apreciaba en los colores de su rostro. Llevaba consigo una pequeña copa de vino moscato y la propuesta editorial para la mañana siguiente. Dejó una copia delante de Logan, se sentó, se quitó con grandilocuencia el pañuelo que llevaba debajo del abrigo de otoño, y se secó la frente totalmente seca.

—¡Ay, mis anginas! — resolló con tristeza.

Apartó la copia con impaciencia.

—Hazme un resumen, Dominick.

El periodista gordo se inclinó hacia delante y frunció el ceño carnoso y húmedo.

—‘Toy totalmente en contra del plan del tranvía en Beauvista, señor H.

Sorbió de su moscato y guiñó el ojo abiertamente. Sus dedos caminaron de puntillas hasta el platillo de semillas y calabaza. Logan le dio un tortazo en la mano, y Dom hizo una mueca de dolor, sopló sobre ellos y adoptó un aspecto de inocencia maltratada. Logan no pudo evitar sonreír.

—¿Y tus razones, Dom?

—Sólo digo que'l último sitio que necesita tranvía es la Colina de los Pijos, señor.

Así se referían a Beauvista en el argot popular del Vindicador.

—Me refiero a que la Autoridad de Bohane debería gastarse los dineros en mejorar el tren y en servir a la gente normal y decente...

Imitó a un violín pequeñito con sus dedos gordos.

—...de las Colinas del Norte.

—Buen chico, Dom. Conviene dorar la píldora a las Colinas.

—Claro, claro, sólo tenemos que decirlo públicamente. No hay peligro de que la Autoridad nos preste atención, Logan. ¿El tranvía de Beauvista?

Satisfecho, se dio un puñetazo suave en la palma de la mano.

—Está asegurado, señor.

—Excelentes noticias, Dominick. Ya no tendremos que arrastrar los huesos por esa maldita colina.

VIII. Comentario

En este comentario iré exponiendo cómo traduje el extracto de la novela, comentando los diversos problemas que me fui encontrando y las soluciones que creí oportunas. También comentaré lo que he aprendido no solo con la traducción, sino también con este trabajo en general, los plazos de entrega, la comunicación con la clienta, y en general todos los procesos que han hecho posible este trabajo.

1. Antes de traducir el texto

Mi primera intención antes de empezar la traducción era leer el texto. Sin embargo, al observar que el plazo de entrega era de un mes, me di cuenta de que no me iba a dar tiempo, teniendo en cuenta que trabajo por las tardes. De modo que me puse a traducirlo directamente. Esto me proporcionó más desventajas que ventajas, puesto que no tenía un contacto previo con este tipo de texto. En lo referente a la historia, lo único que sabía era la sinopsis que había comentado con Maria, por lo que investigué un poco para documentarme. Aprendí algo más de los personajes y de la trama de la novela.

Sin embargo, me di cuenta desde la primera página que este era un texto bastante complejo, tal como me había advertido Maria, y con un lenguaje muy particular y propio, ya que Kevin Barry crea un dialecto basado en el mundo en que se desarrolla la novela y en el *slang* irlandés (entre otros), como ya he comentado en la introducción. Este aspecto del texto tendrá un papel muy importante en el comentario, pues es el rasgo que más problemas me ha dado. Debido a estos dos factores, al principio no me veía cómoda con el texto y la traducción preliminar se notaba poco natural y con lagunas, ya que si no encontraba algún significado lo dejaba aparcado para poder entregar la traducción en el plazo fijado. Sin embargo, a medida que avanzaba me iba familiarizando con el estilo se podía ver que la traducción empezaba a fluir y a verse más natural, más adaptada al estilo del autor. Sigue estando lejos de un trabajo completamente profesional, pero dadas las circunstancias y la poca experiencia con la que cuento creo que he hecho un buen trabajo.

2. Dialecto de Bohane: evolución ortográfica de las palabras en base a la fonética

Uno de los rasgos más distintivos del dialecto de *City of Bohane* es que Kevin Barry aprovecha la fonética para cambiar la ortografía de las palabras, que sufren una hipotética evolución en el mundo futurista que ha creado el autor. En la siguiente tabla he escrito

tres ejemplos donde se puede ver esto. He incluido en la columna de la izquierda la modificación del autor y el equivalente en inglés actual mientras que en la columna de la derecha he incluido la traducción que he hecho yo. Al contrario que el autor, yo no he modificado las palabras de una manera similar. Con más tiempo creo que podría hacer algo parecido para que este dialecto inventado pueda tener aún más efecto en castellano.

| Original | Traducción |
|--|------------------------------------|
| <i>Polis</i> (en inglés actual <i>police</i>) | Polis (forma acortada de policías) |
| <i>Yella</i> (en inglés actual <i>yellow</i>) | Amarillo |
| <i>Hoor</i> (en inglés actual <i>whore</i>) | Prostituta/ puta |

3. Diálogos: acentos, aspectos fonéticos, vocabulario y dialecto

Los diálogos son una parte fundamental de esta novela, ya que muestran el carácter de los personajes sin que el autor tenga que describirlos. De este modo, el acento, *slang* y en general esta neolengua o dialecto inventado son parte importante de toda la novela en general. Noté especiales dificultades a la hora de traducir los diálogos de Jenni, las prostitutas, y otros personajes que comentaré más abajo, ya que emplean mucho este dialecto y tienen un acento muy cerrado y marcado. Intenté crear un efecto similar en castellano, y en muchas ocasiones me servía más el propio contexto de las escenas que los diccionarios y el significado individual de cada palabra a la hora de traducir de una manera más eficiente. Por otra parte, me di cuenta de que no todos los personajes hablan así, y el ejemplo más interesante es Hartnett. A continuación, pondré ejemplos de cómo hablan Jenni y otros personajes, y luego haré una comparación con Hartnett mientras expongo mi teoría sobre por qué existe esta diferencia que me ayudó a la hora de traducir.

3.1 Jenni

Jenni es una adolescente que forma parte de la mafia de Hartnett y a la que este tiene aprecio. Se nos presenta como una chica que «Jenni was seventeen that year but wise beyond it. Careful, she was, and a saucy little ticket in her lowriders and wedge heels, her streaked hair pineappled in a high bun»¹ (*City of Bohane* 5)

A continuación, incluiré una tabla con algunos de sus diálogos originales y mi traducción:

| Original | Traducción |
|--|---|
| ‘Cunt what been reefed in Smoketown was a Cusack off the Rises,’ she said. (Kevin Barry 2011: 5) | —El cabrón ese al qu’han matao en el Humo era un Cusack de La’ Colina’ —respondió ella. |
| ‘Get enough on me fuckin’ plate now ’cross the foot-bridge, Mr H.’ (Kevin Barry 2011: 5) | —Ya tengo mucha’ puta’ movidas al otro lao del puente, señor H. |
| ‘Cusacks gonna sulk up a welt o’ vengeance by ’n’ by and if yer askin’ me, like? A rake o’ them tossers bullin’ down off the Rises is the las’ thing Smoketown need. ’ (Kevin Barry 2011: 5) | — Lo’ Cusack querrán venganza, ¿y sabe’ qué? Que l’último que necesita el Humo es tener a eso’ capullo’ bajando desde La’ Colina’ . |
| ‘ More’n talk’s what I gots a fear on, H. Is said they gots three flatblocks marked Cusack ’bove on the Rises this las’ while an’ that’s three flatblocks fulla headjobs | —No sólo me da miedo que hablen, H. M’han dicho que tienen tre’ bloque’ de pisos en La’ Colina’ con la marca de lo’ Cusack y eso son tre’ bloque’ lleno’ de |

¹ [...] cumplía diecisiete ese año, pero a pesar de ello tenía mucha sabiduría. Era cuidadosa, y se mostraba atrevida con sus pantalones de tiro bajo, sus zapatos de cuña y su pelo con mechas recogido en un moño alto.

| | |
|---|---|
| with a grá on 'em for rowin', y'check me?' (Kevin Barry 2011: 5) | taraos a lo' que le' gusta montar bronca, ¿m'oyes? |
|---|---|

Como se puede observar con estos ejemplos, Jenni habla de una manera muy particular. En la siguiente tabla expongo en la parte izquierda las particularidades de su habla y en la derecha qué cambios he introducido yo. En la tabla anterior los he marcado en negrita:

| Particularidades en el original | Particularidades en la traducción |
|---|---|
| <ul style="list-style-type: none"> —Uso de <i>what</i> en vez de <i>that</i> —Omisión de <i>has/had</i> —Empleo de <i>refeed</i>, palabra propia del dialecto de Bohane —Empleo de <i>Cusack</i>, palabra usada para referirse a una familia enemiga del protagonista de la novela. | <ul style="list-style-type: none"> —Unión de <i>que</i> y <i>han</i> para formar <i>qu'han</i> —Omisión <i>d</i> intervocálica en <i>apuñalao</i> —Empleo de <i>Humo</i> en vez de <i>Distrito del Humo</i> —Omisión de la <i>s</i> final cuando la siguiente palabra empieza por consonante o cuando no sigue una palabra (como en <i>La' Colina'</i>) |
| <ul style="list-style-type: none"> —Omisión de la <i>g</i> final en palabras acabadas en <i>-ing</i> como <i>fuckin'</i> —Omisión de ciertas vocales iniciales como en <i>'cross</i> (en vez de <i>across</i>) | <ul style="list-style-type: none"> —Omisión de la <i>s</i> final (igual que en el ejemplo anterior) —Omisión de la <i>d</i> intervocálica en <i>lao</i> |
| <ul style="list-style-type: none"> —Contracción de <i>going + to</i> resultando en <i>gonna</i> —Omisión de consonante final en palabras como <i>o' (of)</i> y <i>las' (last)</i> —Empleo erróneo de la tercera persona de singular en <i>need</i> | <ul style="list-style-type: none"> —Unión de <i>lo</i> y <i>último</i> para formar <i>l'último</i> —Omisión de la <i>s</i> final |

| | |
|---|--|
| <p>—Empleo erróneo de la concordancia sujeto-verbo en <i>gots</i></p> <p>—Omisión del sujeto en <i>is said</i></p> <p>—Asimilación de <i>full</i> y <i>of</i> en <i>fulla</i></p> <p>—Empleo de <i>grá</i>, palabra irlandesa que significa <i>querer</i></p> <p>—Unión de <i>you</i> y <i>check</i> para formar <i>y'check</i></p> | <p>—Omisión de la <i>s</i> final</p> <p>—Empleo de la expresión informal <i>montar bronca</i></p> <p>—Unión de <i>me</i> y <i>oyes</i> para formar <i>m'oyes</i></p> |
|---|--|

Como se puede ver, intenté que en castellano quedase un efecto parecido al que ocurre en inglés cuando Jenni habla. Me he dado cuenta de que muchas veces una particularidad que se da en inglés no puede darse de la misma forma en castellano porque son idiomas diferentes, con fonéticas y reglas diferentes. Así, tuve que recurrir a otras formas de adaptar estas particularidades al castellano. Esto me pareció muy complicado en un principio, pero al poco tiempo me di cuenta de que lo podía usar a mi favor y tomarme libertades creativas. Como el dialecto que emplea Kevin Barry es inventado, decidí que yo también podía hacer lo mismo sin tener que basarme en un acento de España. Así, intenté mezclar un poco varias particularidades de diferentes acentos y formas de hablar de España de la misma forma que él no solo emplea *slang* irlandés sino también de otros países de habla inglesa.

Viendo estos diálogos de Jenni, así como su relación tan directa con Hartnett podemos deducir que es una persona que nos indica sus orígenes de clase baja.

3.2 Prostitutas

Otros personajes que hablan de manera similar a Jenni son las dos prostitutas que hay en el tren en el que está el Gant, presentadas así: «There was just a pair of weeping hoors across the aisle – Norrie girls, by the feline cut of their cheekbones – and a drunk in greasy Authority overalls down the way»² (Kevin Barry 2011: 12)

² Tan solo había un par de putas al otro lado del pasillo (por el corte felino de sus mejillas debía de ser chicas de Norrie) y un borracho vestido con un mono grasiento de la Autoridad al otro lado.

Como en el caso anterior, he incluido una tabla similar a la anterior:

| Original | Traducción |
|---|--|
| ‘ Fuckin’ loved dat blatherin’ cun’ big time!’ wailed one. (Kevin Barry 2011: 13) | —Joder, ¡cómo me gustaba ese cabrón que soltaba sinsentido’! —gimió una. |
| ‘Fucker was filth, girl, s’the bone truth of it,’ consoled the other. ‘Fucker was castin’ off all o’er the town, y’check me? Took ya for a gommie lackeen. ’ (Kevin Barry 2011: 13) | —Pero si era un cerdo, esa e’ la puta verdá —la consoló la otra—. Ese hijoputa se tiraba a toa la ciudad, ¿ m’oyes? Te tenía por una tonta . |

Como se puede ver en este diálogo, emplean un acento como el de Jenni: cerrado y difícil de entender, empleando el *slang* y dialecto propio de Bohane.

También incluyo una tabla exponiendo las particularidades de su habla en inglés y las que se me ocurrieron a mí en la traducción al castellano.

| Particularidades en el original | Particularidades en la traducción |
|--|--|
| —Omisión de la <i>g</i> final en <i>fuckin’</i> y <i>blatherin’</i> , así como omisión de la <i>t</i> en <i>cun’</i> —Empleo de <i>dat</i> en vez de <i>that</i> | —Traducción de <i>cun’</i> por <i>cabrón</i> —Traducción de <i>blatherin’</i> por <i>soltaba sinsentidos</i> —Omisión de la <i>s</i> final |
| —Unión de <i>is</i> y <i>the</i> para formar <i>s’the</i> —Omisión de la <i>g</i> final en <i>castin’</i> —Omisión de <i>v</i> en <i>o’er</i> —Unión de <i>you</i> y <i>check</i> para formar <i>y’check</i> —Empleo de <i>ya</i> en vez de <i>you</i> | —Omisión de la <i>s</i> final —Omisión de la <i>d</i> intervocálica en <i>toa</i> —Unión de <i>me</i> y <i>oyes</i> para formar <i>m’oyes</i> —Traducción de <i>gommie lackeen</i> por <i>tonta</i> |

| | |
|--|--|
| —Empleo de <i>gommie</i> y <i>lackeen</i> (palabra proveniente del irlandés) | |
|--|--|

3.3 Tommie

Tommie es también otro personaje que habla con acento, pero es evidente que no lo tiene tan marcado como Jenni y las prostitutas.

| Original | Traducción |
|--|--|
| ‘They say lots o ’ things, Mr Hartnett.’ (Kevin Barry 2011: 8) | — Se dicen muchas cosas, señor Hartnett. |
| ‘And how’s your lady wife keepin ’, Mr H?’ (Kevin Barry 2011: 8) | —¿Cómo está su señora , señor H? |
| ‘Ah, just the usual aul ’ talk, Mr Hartnett.’ (Kevin Barry 2011: 9) | —Ah, bueno, sólo habladurías , señor Hartnett. |
| ‘I s ’pose you know ’bout that aul ’ talk?’ (Kevin Barry 2011: 10) | — Pos supongo que sabe sobr’eso que se comenta, ¿no? |

| Particularidades en el original | Particularidades en la traducción |
|---|--|
| —Omisión de consonante final en <i>o</i> ’ | —Traducción de <i>they say</i> por <i>se dice</i> |
| —Empleo de <i>lady wife</i> (término de uso anticuado) | —Traducción de <i>lady wife</i> por <i>su señora</i> |

| | |
|---|--|
| —Empleo de <i>auld</i> (forma antigua de <i>old</i>) y omisión de la consonante final. | —Traducción de <i>aul'</i> por <i>habladurías</i> |
| —Modificación de <i>suppose</i> para formar <i>s'pose</i> —Omisión de <i>a</i> en <i>'bout</i> | —Empleo de <i>pos</i> en vez de <i>pues</i> —Unión de <i>sobre</i> y <i>eso</i> para formar <i>sobr'eso</i> |

Como se puede ver, Tommie conserva un acento marcado, pero no tan pronunciado como el de Jenni o las prostitutas. Esto se puede ver especialmente en el vocabulario que emplea, en cómo respeta más las reglas gramaticales, etc. También se puede observar que Tommie es un hombre relativamente mayor, al emplear términos como *auld* y *lady wife*. En castellano intenté que esto también se reflejase empleando términos que usaría más una persona mayor que una joven.

Con todos estos ejemplos se puede ver que intenté que la traducción al castellano también reflejase la forma de hablar de los personajes en distinto grado. Creo que con más tiempo, experiencia e investigación podría hacer un mejor trabajo, puesto que hay cosas que me gustaría mejorar.

Con todo, parece que Kevin Barry hizo mucho hincapié en cómo hablaban sus personajes, no sólo con el acento sino también con el dialecto que creó. Es evidente que este se usa de manera general por la población de la ciudad, pero unos personajes la emplean más que otros (Jenni y las prostitutas especialmente). Mi teoría hasta lo que he traducido es que quizás el autor quiso evidenciar los orígenes o la clase social de los personajes a través de cómo hablaban. Las prostitutas del tren son de clase obrera, y si pensamos que la forma de hablar es indicadora de la clase, Jenni también pertenece a esta clase.

3.4 Hartnett

Me di cuenta, sin embargo, de que Harnett habla diferente del resto, sin un acento tan marcado, quizás porque no es del mismo lugar o porque proviene de una clase más aventajada. Lo que se sabe hasta ahora es que es el jefe de la banda que controla

actualmente Bohane y vive en Beauvista, una zona pudiente de la ciudad. Quizás esto siempre ha sido así o por otra razón cambió su acento para adaptarse al de la clase social más alta. Esto se puede observar fijándose en cualquier diálogo suyo:

| Original | Traducción |
|---|---|
| <p>‘Oh there’s no doubt to it, girl. They’re going to come down barkin’. May as well force them to a quick move.’ (Kevin Barry 2011: 6)</p> | <p>—Sin ninguna duda, chica. Van a venir ladrando. Deberíamos obligarles a que se muevan rápido.</p> |
| <p>‘I said is there e’er a bit of goss around the place, Tommie, no?’ (Kevin Barry 2011: 9)</p> | <p>—Me refiero a si hay algo de salseo por aquí, Tommie.</p> |
| <p>‘No, Tommie. We might as well elevate ourselves from the beasts of the fields.’ (Kevin Barry 2011: 11)</p> | <p>—No, Tommie. Más nos vale elevarnos por encima de las bestias salvajes.</p> |
| <p>‘Ne’er a chance of a mug of joe in this place, no?’ (Kevin Barry 2011: 21)</p> | <p>No hay manera de conseguir una taza de café aquí, ¿o qué?</p> |
| <p>‘Oh my poor child of the Sweet Baba . . . Oh Deccie Deccie Deccie . . . Deccie’s . . . below in the fish market, isn’t he? . . . Ah . . . You can never trust a fishmonger, Gerard. That is what I’d always say. That would be my advice to you. It’s the way they’d be looking down all day at those dead glistening little eyes. How’re they</p> | <p>—Oh, pobre criatura de Sweet Baba... Oh, Deccie, Deccide, Deccie... Deccie está...justo debajo del mercado de la lonja de pescado, ¿no?... Ah... Nunca te puedes fiar de un pescadero, Gerard. Es lo que siempre digo. Ese es mi consejo para ti. Es la forma en que mirarían esos ojillos</p> |

| | |
|--|--|
| going to come out of that right?’ (Kevin Barry 2011: 35) | relucientes y muertos. ¿Cómo van a salir ilesos de esto? |
|--|--|

Como se puede observar en esta tabla, he incluido diálogos sueltos de Hartnett. A excepción de alguna particularidad como *ne'er*, *e'er* y *barkin'*, su habla es completamente diferente a la de los demás personajes que he analizado. El contraste es aún mayor cuando habla con Jenni al principio. Harnett apenas tiene acento marcado, apenas usa palabras del dialecto, y emplea un vocabulario mucho más culto que el resto de los personajes.

A la hora de traducirlo también intenté que fuese fiel al efecto que provoca en inglés. De hecho, fue considerablemente más fácil traducir los diálogos de Hartnett que los de los demás personajes precisamente por no tener las características que tienen Jenni o las prostitutas.

Siendo así, me llamó la atención que hablase tan diferente del resto. Mi teoría hasta el momento es que Harnett o bien se crió en otro lugar con otro acento, o bien es de clase alta y el resto de su banda es de clase baja. La primera opción no tiene mucho sentido ya que en la novela se dice que «Logan Hartnett and his wife were Trace-born, the pair of them»³ (Kevin Barry 2011: 20)

Sin embargo, la segunda opción tiene sentido si tenemos en cuenta que es el jefe de la banda que controla actualmente Bohane y que vive en una casa gótica en Beauvista, una zona pudiente.

Una tercera opción es que Hartnett haya adaptado su forma de hablar a una más neutra que refuerza la idea de que es jefe de la banda. Quizás adoptar (o más bien no tener ese dialecto tan particular que usan Jenni y los demás personajes) le proporciona ventajas sociales y ayuda a que los miembros y enemigos de la banda le respeten más.

4. Nombres propios y topónimos

La traducción de nombres propios, especialmente de topónimos, también implicó que tomara decisiones creativas. Como norma general, dejé sin traducir los nombres propios

³ Logan Hartnett y su esposa nacieron en el Laberinto.

que no tienen equivalencia al castellano. A continuación, voy a enumerar los nombres propios que he traducido o no he traducido con una explicación:

| Original | Traducción |
|--------------------|--|
| The Big Nothin' | La Gran Nada |
| Smoketown | Distrito del Humo (lo traduje como distrito en referencia a novelas distópicas como <i>Los Juegos de Hambre</i> , donde el mundo se divide en distritos) |
| The Rises | Las Colinas |
| Bohane | Bohane |
| The Fancy Hartnett | La Guarida de Harnett (pensé en traducirlo por elegante pero no me gustaba cómo quedaba 'el Hartnett elegante' así que opté por una traducción más libre, fijándome más en el ambiente y contexto del libro) |
| Long Fella | El Capo (me decanté por esta traducción ya que a los jefes de mafias se les suele llamar capos) |
| The Back Trace | El Laberinto (en la propia novela se menciona que es un laberinto de calles) |

| | |
|-----------------------------------|--|
| | |
| Cusack | Cusack (según el sitio web <i>Ireland Calling: A site dedicated to all things Irish</i> , Cusack es un apellido usado en Irlanda, y en la novela los Cusack son la familia enemiga de Hartnett, por lo que no lo traduje al ser nombre propio sin equivalente en castellano) |
| Tommie's Supper Room | La taberna de Tommie (al ser un sitio en el que se reúne gente de todo tipo, desde borrachos a puteros, creo que el término <i>taberna</i> encaja bastante con la atmósfera) |
| The Gant | El Gant |
| De Valera | De Valera |
| Ho pee Ching Oh-Kay Koffee Shoppe | Buen Café Ho Pee Ching |
| The <i>Bohane Vindicator</i> | El <i>Bohane Vindicator</i> (decidí dejar el nombre en inglés ya que me convencía más la sonoridad que tenía en el original que en castellano el Vindicador de Bohane o el Defensor de Bohane) |
| | |

| | |
|-------------------|--|
| Beauvista | Beauvista (decidí no modificarlo por la misma razón por la que no cambié otros nombres propios) |
| Girly Hartnett | Nena Hartnett (el único nombre propio que decidí traducir ya que <i>girly</i> sí tiene un equivalente en castellano así que opté por traducirlo como <i>Nena</i>) |
| Bohane Arms Hotel | Hotel Bohane Arms (decidí dejar el nombre del hotel en inglés ya que una traducción literal al castellano no me convencía) |
| Café Aliados | Café Aliados (al estar el nombre originalmente en castellano decidí dejarlo así) |
| Endeavour Avenue | Avenida Endeavour |
| Ol' Boy Mannion | El Viejo Mannion |

IX. Comparación presupuesto-factura

En este apartado me gustaría comentar distintos puntos que creo que es importante tener en cuenta a la hora de dedicarse a la traducción literaria partiendo de una comparación entre el presupuesto y la factura.

Como he comentado anteriormente, el presupuesto en la traducción editorial se calcula de manera diferente que otros ámbitos de la traducción porque antes de traducir el texto no sabes exactamente cuántos caracteres te ocupará. Es por ello que hasta que no hice la factura no supe cuánto cobraría por la traducción de este fragmento de *City of Bohane*. Me pareció una cantidad bastante pequeña teniendo en cuenta los puntos que voy a comentar.

Primero, después de haber cursado asignaturas de diferentes ámbitos de la traducción en este máster, puedo decir que la traducción editorial es diferente del resto. Cada ámbito de la traducción tiene su dificultad, pero la literaria pienso que es especialmente complicada. Por ejemplo, en la traducción médica el traductor trabaja constantemente con un vocabulario específico que puede consultar en diccionarios y eventualmente aprenderlo. Sin embargo, cuando el traductor trabaja con un libro es muy probable que tenga un vocabulario y un estilo diferentes del resto de libros que ha traducido (a no ser que traduzca una saga, por ejemplo). El traductor literario se tiene que adaptar a cada nuevo libro con el que trabaja, y cada nuevo libro supone un desafío con sus propios problemas. Aunque es cierto que cuanto más experiencia se tenga y más libros se hayan traducido más rápido se traducirá y se irán resolviendo los diferentes desafíos que el traductor se encuentre, pero en mi opinión siguen siendo desafíos donde no sólo hay que hacer un buen trabajo de documentación y búsqueda, sino de imaginación. Me parece un punto importante y a tener en cuenta si uno quiere dedicarse a este ámbito de la traducción.

Otro punto que quería comentar el sistema que se usa para cobrar. Una de las ventajas de trabajar del inglés al castellano es que en castellano solemos emplear más palabras que en inglés, de modo que la traducción ocupará más volumen de palabras que el texto original. Eso permite cobrar más para los que traducimos del inglés al castellano, pero la desventaja de este sistema es que no sabes muy bien cuánto vas a cobrar hasta que terminas el trabajo. Aunque es una ventaja a la vez que una desventaja, creo que esta

última es más importante puesto que normalmente a la gente le gusta saber cuánto va a cobrar por un trabajo.

Finalmente, otro punto a comentar es la relación trabajo-ganancias que conlleva este trabajo. Traducir unas 10.000 palabras me llevó poco menos de un mes (teniendo en cuenta que trabajo por las tardes y todavía tenía que trabajar en otras asignaturas del máster). Eso son 37 páginas del libro, que en total tiene unas 278. En total serían unas 75.000 palabras aproximadamente. Si me hubiesen pedido traducir el libro entero, a ese ritmo de trabajo tendría que traducirlo en 22 semanas, lo que más o menos son 5 meses y medio. No sé si en todas las editoriales dejarían tanto tiempo para traducir un libro de esta extensión, así que quizás contaría con menos tiempo, y por lo tanto tendría que dedicar más horas al día. Por lo que nos han contado muchos profesores en el máster, la mayoría de traductores no se dedican sólo a la traducción, sino que tienen que complementar con otro trabajo para llegar a fin de mes. Y eso quita mucho tiempo para dedicarse a la traducción. Teniendo en cuenta esto, pienso que igual no merece la pena dedicarse a este tipo de traducción, puesto que quizás la recompensa económica tras tantas horas de trabajo y documentación no merecen la pena.

Tras comentar estos tres puntos, creo que depende de cada persona el pensar si la traducción literaria merece la pena o no. Yo he traducido una novela corta (unas 50 páginas) para una editorial antes de empezar este trabajo. No tuve tantas dificultades a la hora de traducirla puesto que no es tan compleja como *City of Bohane*, ni en terminología, ni en estilo del autor, pero la recompensa económica (cobrando por royalties) no compensa si no es algo que te apasione o no cuentas con un trabajo principal.

X. Conclusiones

En esta sección comentaré las conclusiones a las que he llegado tras finalizar el Trabajo de Fin de Máster y en general el máster con las diferentes asignaturas y trabajos.

Creo que este máster está dirigido a personas que no han hecho la carrera de Traducción ya que brinda la oportunidad de poder ver cómo funciona el mundo del traductor profesional en distintos ámbitos (desde la traducción audiovisual hasta la traducción jurídica) y de forma muy práctica siempre. En mi opinión, este máster funciona de la mejor manera así, en vez de estar orientado a lo meramente teórico, porque a la hora de la verdad, cuando nos dediquemos profesionalmente a la traducción, lo que más valoraremos y nos será útil es lo que nos han aconsejado sobre cómo hacer facturas y presupuestos, cómo lidiar con distintos tipos de clientes, qué herramientas son mejores para la traducción asistida, etc. La mayoría de veces es tan importante saber moverse en este mundo como el hecho de traducir bien y realizar un trabajo profesional y de calidad.

En concreto con este trabajo, creo que es una manera muy buena de que los alumnos nos hagamos una idea de cómo es el proceso de un encargo desde el principio hasta el final: enviar tu currículum a una empresa, preparar un presupuesto que se ajuste al encargo, realizar la traducción con todos sus problemas y peculiaridades (y saber buscarse la vida y echar mano de diferentes recursos para solventarlos) y reflexionar sobre todos estos procesos. Creo que hacer este trabajo es una pequeña ventana al mundo real y a cómo funciona la traducción (editorial en mi caso). En muchas otras carreras o másteres este tipo de trabajos se ciñen a la investigación de un fenómeno, lo cual proporciona otras ventajas, pero quizás no resulten tan prácticos como este. En un futuro cuando envíe currículums a editoriales tendré en mente todo lo que he aprendido en este trabajo y estoy segura de que me será de mucha utilidad y me proporcionará ventaja.

Otro punto que quería comentar es la propia traducción. En otras secciones he comentado los problemas que tuve a la hora de traducir un texto tan particular. Resultó un desafío, y hubo momentos en los que no estuve lo suficientemente contenta con cómo estaba resultando la traducción. Sin embargo, me di cuenta (gracias a Maria en gran parte) de que la clave de este trabajo no es hacer una traducción perfecta sino de hacerlo lo mejor que se pueda y aprender de todos los recursos que has empleado, las ideas y soluciones que se te han ocurrido, las sugerencias, etc. Traducir un texto tan complejo me permite traducir textos menos complejos mucho más rápida y eficientemente. Aunque sólo ha

sido un trabajo y sólo haya sido un curso, tengo mucha más experiencias y recursos que cuando comenzó el máster.

XI. Autoevaluación

En este apartado comentaré de forma crítica los aprendizajes que he adquirido en el máster en general y en el TFM en particular. También reflexionaré sobre el desarrollo personal y laboral que he tenido debido al máster.

Lo primero que me gustaría comentar es que el máster está claramente orientado a preparar a los alumnos para los diferentes retos y problemas que se pueden encontrar en el ámbito laboral de la traducción. Las diferentes asignaturas nos han preparado no solo para saber cómo funciona el mercado laboral, qué ventajas y desventajas tenemos como trabajadores en este campo, sino también para los diferentes campos de la traducción: audiovisual, científica, tecnológica, jurídica, literaria, etc. Además, hemos tenido varias asignaturas dedicadas a la corrección tanto en inglés como en español, que nos han servido para poder perfeccionar las traducciones ya hechas.

Una de las cosas que más útiles me ha parecido ha sido la introducción a diferentes herramientas de traducción asistida, pues antes de comenzar este máster no sabía si quiera que existían. Creo que son herramientas muy útiles para la mayoría de campos de la traducción, aunque es cierto que para traducción literaria no me parecen la mejor opción al ser un tipo de traducción que no tiene un tipo específico de terminología, por ejemplo. Aunque al principio me costó hacerme a ellas, al final me adapté y me salvaron mucho tiempo y trabajo para las prácticas. Sin herramientas de este tipo seguramente no habría podido cumplir con el plazo de entrega.

Otra de las cosas que me gustaría comentar es que el TFM me parece un tipo muy acertado para este máster, puesto que también nos prepara para lo que nos podríamos encontrar en el mercado laboral si nos dedicamos a la traducción. En mi caso, mi TFM era una traducción de una novela para una editorial. Personalmente, desde hace años había querido hacer algo así, y de hecho justo antes de empezar el TFM una editorial me envió un encargo para traducir con un plazo de entrega. El TFM se pareció a esta experiencia, con la ventaja de que el texto era considerablemente más complejo. Al principio me costó mucho traducir el texto, puesto que, aunque mi nivel de inglés es alto, el estilo del autor es muy concreto y muy suyo. Sin embargo, tras hacerme al texto y ver bien el contexto en que se desarrolla, cada vez me costó menos traducirlo o se me ocurrían más soluciones creativas. Creo que esto me ha supuesto una gran oportunidad para aprender puesto que

si en el futuro tengo que hacer un encargo con características similares o que requiere de mucha inventiva por mi parte me siento más segura y con algo más de experiencia.

En general, tras haber cursado el máster completo, creo que he aprendido mucho de cómo funciona el mundo de la traducción y estoy preparada para incorporarme al mundo de la traducción con más experiencia, conocimiento, y seguridad.

XII. Referencias

Barry, Kevin, ed. 2011. *City of Bohane*. Ireland: Jonathan Cape.

History of the Irish surname Cusack. Ireland Calling: A site for all things Irish. 2020
<https://ireland-calling.com/irish-names-cusack/> Accessed May 2022.

O'Connor, Hugh. *Kevin Barry*. Canongate Books.
<https://canongate.co.uk/contributors/10834-kevin-barry/>. Accessed May 2022.

Thomas, Scarlett. 2011. *City of Bohane by Kevin Barry: review*. The Guardian.
<https://www.theguardian.com/books/2011/may/14/city-bohane-kevin-barry-review>
Accessed May 2022.